Finesa 14692 Conta devios

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

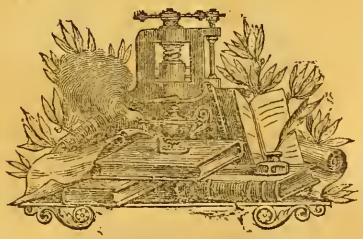
DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO,

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid: 3

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

CATÁLOGO *de las comedias que contiene esta Galería.*

Marcela, ó ¿á cuál de las tres?
Un tercero en discordia
Un novio para la niña.
Otro diablo predicador.
Me voy de Madrid.
La redaccion de un periódico.
Las improvisaciones.
Una de tantas.
Muérete y verás.
El amigo mártir.
Todo es farsa en este mundo.
D. Fernando el emplazado.
Medidas estraordinarias.
El poeta y la beneficiada.
Ella es él.
El pró y el contra.
El hombre gordo.
Flaquezas ministeriales.
El hombre pacífico.
El que dirán.
Un dia de campo.
El novio y el concierto.
No ganamos para sustos.
Bellido Dolfos.
¡Una vieja!
El pelo de la dehesa.
Lances de carnaval.
Pruebas de amor conyugal.
El cuarto de hora.
La ponchada.
El plan de un drama.
Dios los cria y ellos se juntan.
Cuentas atrasadas.
Mi secretario y yo.
¡Qué hombre tan amable!
Los hijos de Eduardo.
Engañar con la verdad.
Los primeros amores.
A la zorra candilazo.
El amante prestado.
Un paseo á Bedlan.
Mi tio el jorobado.
La familia del boticario.
El segundo año.
La loca fingida.
No mas muchachos.
Mi empleo y mi muger.
La primera leccion de amor.
Lo vivo y lo pintado.
La pluma prodigiosa.
La Batelera de Pasages.
La mansion del crimen.
La escuela de las casadas.
El Editor responsable.
¡Estaba de Dios!
Blanca de Borbon.
Carlos II el hechizado.
Rosmunda.
D. Alvaro de Luna.
El entremetido.
Rodrigo.
Carlos V en Ajofrin.
Cuidado con las novias.
Un monarca y su privado.
El dia mas feliz de la vida.
El vigilante.
La escuela de los viejos.
El vaso de agua.
Un casamiento sin amor.
Matilde.
D. Trifon.
Masaniello.
Atrás!
Guzman el bueno.
El amigo en candelero.
El Trovador.
El page.
El rey monje.
Magdalena.
El bastardo.
Samuel.
Dandolo.
El encubierto de Valencia.
Batilde ó América libre.
Margarita de Borgoña.
La pandilla.
D. Juan de Marana.
Calígula.
Zaida.
Juan de Suavia.
El caballero leal.
El premio del vencedor.
Gabriel.
Las bodas de Doña Sancha.
Los amantes de Teruel.
Doña Mencia.
La redoma encantada.
La visionaria.
Los polvos de la madre Celestina.
El amo criado.
Ernesto.
El barbero de Sevilla.
Alfonso el Casto.
Primero yo.
El abuelito.
El Bachiller Mendárias.
Macias.
No mas mostrador.
Roberto Dillon.
Felipe.
Un desafio.
Arte de conspirar.
Partir á tiempo.
Tu amor ó la muerte.
D. Juan de Austria.
D. Alvaro, ó la fuerza del sino.
Tanto vales cuanto tienes.
Solaces de un prisionero.
La morisca de Alajuár.
El crisol de la lealtad.
El desengaño en un sue
Mas vale llegar á tiempo
Ganar perdiendo.
Cada cual con su razon.
Lealtad de una muger.
El zapatero y el rey 1.ª
Apoteosis de Calderon.
El zapatero y el rey, 2.ª
El eco del torrente.
Los dos vireyes.
La corte del Buen-Retir
Bárbara Blomberg.
D. Jaime el conquistado
Higuamota.
La aurora de Colon.
El conde D. Julian.
Cerdan, justicia de Arag
Contigo pan y cebolla.
Tal para cual.
Las costumbres de antañ
El jugador.
Del mal el menos.
Toros y cañas.
Quien mas pone pierde n
Rivera.
El rigor de las desdichas
Las simpatías.
El diablo cojuelo.
Las ventas de Cárdenas.
Dos validos.
La tumba salvada.
El Tasso.
Acertar errando.
Hacerse amar con peluc
Shakespeare enamorado.
Máscara reconciliadora.
El testamento.
El gastrónomo sin dinero
Miguel y Cristina.
La vuelta de Estanislao.
Las capas.
Un ministro!!!
Quiero ser cómico.
El ambicioso.
Marino Faliero.
El marido de mi muger.
Jacobo II.
El rey se divierte.
La muger de un artista.
La segunda dama duende
Un alma de artista.
Una ausencia.
Mateo.
Amor de madre.
El honor español.
La sociedad de los trece.
Los perros del monte d
Bernardo.
El héroe por fuerza.
Bruno el tejedor.

FINEZAS CONTRA DESVIOS.

COMEDIA

EN CUATRO ACTOS

POR

Don Manuel Breton de los Herreros.

A la Sra D.ª Gerónima Florente
Su amigo
El Autor.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1843.

PERSONAS.	ACTORES.
DOÑA LEONOR.	*D.ª Matilde Diez.*
DOÑA MENCÍA.	*D.ª Gerónima Llorente.*
D. FELIX.	*D. Julian Romea.*
EL REY.	*D. Florencio Romea.*
D. DIEGO.	*D. Manuel Argente.*
D. GUTIERRE.	*D. Lázaro Perez.*
MORATA.	*D. Mariano Fernandez.*

Caballeros. Criados. Labradores.

La escena es en Madrid y sus inmediaciones.

Esta comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del editor de los teatros moderno, antiguo español y estranjero, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima, ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real orden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

Sala en la quinta de doña Leonor. Puerta en el foro y otras dos laterales.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LEONOR. DOÑA MENCÍA.

LEONOR. Basta ya, doña Mencía.
¿No ha de haber entre las dos
otra plática... ¡Por Dios
que es mucha vuestra porfía!
MENCÍA. Vuestro bien os aconsejo.
LEONOR. No hay bien donde no hay amor.
MENCÍA. Sin bienes, doña Leonor,
muere amor, y no de viejo.
LEONOR. En mugeres de otra laya;
no en la que noble nació.
MENCÍA. Si yerro, conmigo erró
vuestro padre, que Dios haya.
Él prometió vuestra mano
á don Felix. ¡Suerte impia!
Si él viviera...
LEONOR. No seria
tan buen padre mi tirano.
MENCÍA. ¿Tirano? ¡Dios sempiterno!
Diria quien os oyera
que es un verdugo, una fiera
el que eligió para yerno.
Quedáos en vuestras trece;
dueña sois de vuestra mano;
negádsela; pero en vano

608251

negareis que la merece.
Levante, señora, el dedo
quien pretenda que se iguala
en brio, nobleza y gala
á don Felix de Toledo.

LEONOR. ¡Que eso digais! ¡Necio engaño!
¿Será tal su presuncion
que ose entrar en parangon
con don Diego de Avendaño?

MENCÍA. ¿Presuncion? No, por mi fé,
que antes peca de modesto.

LEONOR. Yo diria de molesto.
Debe ser L esa D.

MENCÍA. Pero ese lindo Macías
que tan pronto os ha rendido
¿qué méritos ha podido
contraer en ocho dias?

LEONOR. Del astro que nos influye
es amor ciego instrumento;
sojuzga al entendimiento
y siente, pero no arguye;
y pues en vano mi fe
esplicára cual pedis,
á vos que nada sentis,
cómo siento yo y por qué,
¿qué os diré? Ganó la palma
don Diego porque el destino
le abrió en mis ojos camino
para entrárseme en el alma.
Tener mérito es primero
que hacer méritos; y en fin,
sea diablo ó serafin,
le quiero... porque le quiero.

MENCÍA. Con eso todo está dicho;
mas yo creo, sin orgullo,
que amor tan de Pero-Grullo
antes que amor es capricho.
Para uno fue la ocasion
fatal, para otro oportuna,
que como horas de fortuna
hay horas de maldicion;
mas si con fiero desden

no hubiérais vos rechazado
al otro desventurado...
quizá sin mirarle bien,
con la frecuencia del trato
tal vez su hidalguia hubiera
reducido á blanda cera
ese corazon ingrato,
y amante de un caballero
que tanta prez atesora,
no diriais de él señora,
le quiero... porque le quiero.

LEONOR. Será noble, santo, hermoso...,
pero ¿qué le hemos de hacer
si á mí... Mas vale caer
en gracia que ser gracioso.

MENCÍA. Otra cualidad le noto,
señora, sobre las tres
que habeis nombrado, y no es
para echarla en saco roto.

LEONOR. ¿Su caudal?

MENCÍA. ¿Y no me fundo...

LEONOR. Mugeres de mi blason
no venden su corazon
por todo el oro del mundo.—
Y quizá el hado cruel
pronto le prive del oro
que te deslumbra.

MENCÍA. No ignoro
que estais en pleito con él.

LEONOR. Hoy se dicta la sentencia.
Tal vez en este momento
el que era ayer opulento
vea el rostro á la indigencia.
Ya en el triunfo me deleito...

MENCÍA. Me holgara, á fe de Mencía...
Mas decidme: ¿no podria
ganar don Felix el pleito?
Con razon ó sin razon
ya lo ha ganado dos veces;
hoy fallarán otros jueces,
y ya no hay apelacion.
Sin ir de Anás á Caifás

á la merced de un letrado,
mejor os hubiera estado
una avenencia...

LEONOR. ¡Jamas!

MENCÍA. Pero ¿es posible, señora,
que don Felix...

LEONOR. ¿Otra vez?
No he visto igual pesadez.
¿Sois vos su procuradora?
Ya mis contrarios son dos,
y el pleito le doy ganado
si le sirve su abogado
con tanta fe como vos.—
¿Os regala?

MENCÍA. No lo niego.
Garboso es sobremanera;
mas no haya miedo que muera
de esa enfermedad don Diego.

LEONOR. Si con vos no es liberal
yo le escuso y le defiendo.
¿Cómo ha de serlo sabiendo
que abogais por su rival?

MENCÍA. *¿Qué os diré? Ganó la palma*
don Felix porque el destino
le abrió en su bolsa *camino*
para entrárseme en el alma.
Bailando el agua me va
don Felix aborrecido;
don Diego favorecido
me desprecia y no me da.
Ahora preguntaros quiero;
¿quién puede tomar á mal
que yo apoye al liberal
y desdeñe al cicatero?

LEONOR. ¡El vil interés os guia!

MENCÍA. Si mi interés no es virtud,
pecaré de gratitud,
pero no de hipocresia.
Dádivas quebrantan peñas,
dice un refran de Castilla,
¿y os causa tal maravilla
que quebranten á las dueñas?

LEONOR. ¡Demonio con guardapiés,
callad! Sois muy bachillera.
(*Llaman dentro.*)
MENCÍA. Yo... Perdonad... No quisiera...
LEONOR. Llamaron. Mirad quién es.

ESCENA II.

DOÑA LEONOR.

¡Fatal pension de la triste
muger que es huérfana y joven
haber de tener al lado
una dueña dia y noche!
Es insufrible la tal
doña Mencía Quiñones,
y si deseo casarme
es por darla pasaporte.

ESCENA III.

DOÑA LEONOR. DOÑA MENCÍA.

MENCÍA. Una carta de Madrid.
LEONOR. Dadme pronto. (*Mirando el sobre.*)
Es de don Lope,
mi apoderado. (*La abre y la lee para sí.*)
MENCÍA. Esa carta
es regular que os informe
del resultado del pleito.
Si el Cielo mis votos oye...
LEONOR. ¡Oh Dios!...
MENCÍA. (¡Malo!)
LEONOR. ¡Condenada
con costas!
MENCÍA. ¡Duro golpe!
LEONOR. ¡Siendo mejor mi derecho...
Ya no hay justicia en el orbe!
MENCÍA. ¡Bien os lo decia yo!
Pero es don Felix tan noble
caballero, que no dudo...
LEONOR. ¡Oh! si pronunciais su nombre

os despido. Sin desdoro
pude oir sus pretensiones
un dia; pero despues
que me veo por ese hombre
arruinada, ¿he de sufrir
que me requiera de amores?
No. ¡Baldon!.. Hoy le maldigo
si le desdeñaba entonces.

MENCIA. Es inutil replicaros;
pero si hiciera el demontre
que esta nueva resfriase
el amor del otro Adonis...

LEONOR. ¿Qué osais proferir? Accion
tan vil, tan baja, tan torpe
no cabe en su alma.

MENCÍA. ¿Sabia
que estaba en pleito la dote?

LEONOR. No. Solo amor daba asunto
á nuestras conversaciones,
y hubiera yo imaginado
hacerle un agravio enorme
hablándole de intereses
cuando él me decia flores.

MENCÍA. Pero él es un pobre hidalgo
sin mas viñas ni terrones
que el sueldo de la real casa,
con el cual no echará coche,
y cuando sepa, que al fin
no es posible que lo ignore
mucho tiempo...

LEONOR. Hoy le diré
mi desgracia, y será doble
su fe; esta alma me lo dice
que de la suya responde;
y luego que la guirnalda
de Himeneo nos corone,
acaso bendiga yo,
aunque al presente la llore,
esta misma desventura
que fue su piedra de toque;
pues podré decir ufana
cuando en sus brazos me colme

de caricias: no hay recelos
que mi ventura emponzoñen.
Lo que merecí por fiel
no lo aventuré por pobre. (*Llaman dentro.*)

MENCÍA. ¡Plegue á Dios...

LEONOR. Llaman. Abrid.
Será mi bien; será el norte
de mi esperanza...

MENCÍA. (*Andando lentamente.*) Allá voy.
(Por no ver su *coram vobis*
daria...)

LEONOR. ¡Andad!

MENCÍA. Ya han abierto.

ESCENA IV.

DOÑA LEONOR. DOÑA MENCÍA. MORATA.

MORATA. Dios sea en casa... (y me ahorre
una paliza.)

MENCÍA. (¡Es Morata!)

LEONOR. ¿Qué traeis? ¿Quién sois?

MORATA. Un drope,
un casi nadie, un lacayo
que viene á besaros, de orden
superior, los lindos pies,
aunque no ajustan al molde
de mi boca, que ellos calzan
cuatro puntos y ella doce.

LEONOR. Escusad impertinencias.
¿Quién os envia?

MORATA. Soy docil
mensagero. El pan que cómo
me ha traido aqui á remolque.
Mi amo solicita audiencia,
y en esa antesala, inmóvil...

LEONOR. Su nombre quiero saber.

MORATA. (Se me atraviesa en los bofes.)
Se llama... Es buen caballero;
todo Madrid le conoce...
y vos tambien...

LEONOR. ¿Acabais?

MORATA. Es... Usarced me perdone.

Yo no le saqué de pila,
ni es culpa mia que os ronde
un galan que, si lograra
triunfar de vuestros rigores,
en vez de Felix Toledo,
seria Felix *utroque*.

LEONOR. ¿Qué escucho! ¿A tanto se atreve...

MORATA. No, pero... Cuando... Si... Donde...
(Me aturrullo.)

LEONOR. ¿Ni el vivir
retirada de la corte
en esta quinta me libra
de un importuno?

MORATA. (¡San Cosme
nos favorezca!) Señora,
vuestra merced no se enoje.
Decid no hay mus, y se irá
sin decir oste ni moste.

LEONOR. Sí hará; pero es temeraria
osadia...

MORATA. (*Entre dientes.*) ¡Alma de bronce!

LEONOR. ¿Qué?

MORATA. Nada.

LEONOR. Huid de mi vista,
ó mandaré que os arrojen
por un balcon.

MORATA. ¡Agua va!
No; ya me voy á galope...

LEONOR. ¡Tened! ¡Oid!

MORATA. (*Volviendo.*) Tengo y oigo.

LEONOR. (Le recibiré; no tome
por despecho mi desvio.)
Decidle...

MORATA. Sí; que se ahorque...

LEONOR. Que entre.

MORATA. (*Aparte con doña Mencía, yéndose.*)
Vamos, no es tan fiero
el leon como le...

MENCÍA. Corre;
no se arrepienta...

LEONOR. Idos vos.

MENCÍA. (Ya es nuestra.) Con mil amores.

ESCENA X.

DOÑA LEONOR. DON FELIX.

FELIX. Perdonad, Leonor...
LEONOR. Don Felix,
si venis, como lo infiero,
á anunciarme vuestro triunfo,
de que ya noticia tengo,
de tanta oficiosidad
con justa razon me quejo.
Mejor fuera que, evitando
la acusacion de grosero,
al escribano dejarais
ese triste ministerio.
FELIX. Señora, mal me juzgais
si habeis creido... Mi objeto...
LEONOR. Sin duda habreis presumido
realzar vuestro trofeo
viendo anegados mis ojos
en lágrimas de despecho.
¡Necio error! Yo no me abato
por tan leve contratiempo.
Litigué porque crei
que era mejor mi derecho...
FELIX. Yo siempre dudé del mio,
y si el fallo ha sido adverso
para vos, juro...
LEONOR. Escusad
enfadosos cumplimientos,
y si á reclamar venis
lo que fué mio y ya es vuestro,
aunque yo respeto el fallo
del tribunal, os advierto
que tengo administrador
con quien podeis entenderos.
FELIX. ¡Oh cómo os ciega el encono!
¿Qué motivo, qué pretesto
teneis para atribuirme
tan villanos pensamientos?
¿Aun no conoceis, señora,

á don Felix de Toledo?
¡Venir yo con vil afan
á gozarme en vuestro duelo!
No; partamos esa herencia...
Poco es: entera os la cedo.

LEONOR. Sincera ó no, yo rehuso
vuestra oferta. Yo no quiero
mercedes de mi enemigo.

FELIX. ¡Yo vuestro enemigo, cielos!
¡Yo cuya idólatra fé
os levantaría templos
y esos bienes que abomino,
pues me aborreceis por ellos,
daria y toda mi sangre
por merecer que á lo menos
me miraran vuestros ojos
una sola vez sin ceño!

LEONOR. Bien ponderais vuestro amor,
pero á las obras me atengo.
¿Por qué si tanto me amabais
litigar con tal empeño
contra mí? Es raro contraste
y singular desacuerdo
ayer ponerme demandas
y hoy prodigarme requiebros.

FELIX. Yo no promoví, señora,
ese litigio funesto;
lo sabeis. Si consentí,
contra mi propio deseo,
en defenderme fué solo
por no causar á mis deudos
algun dia irremediables
perjuicios con mi silencio.
Os propuse, sin embargo,
transijir cuando era tiempo;
os negásteis; no insistí,
porque temia, pudiendo
seros favorable el fallo,
que os agraviara el convenio.
No lo ha permitido asi
la fortuna; mas yo puedo
reparar sus injusticias,

bella Leonor, y á eso vengo;
no á engreirme con mi triunfo,
no á vengar vuestros desprecios;
que cuando no condenase
tal bastardía mi afecto,
bastaría á reprobarla
mi deber de caballero.

LEONOR. Señor don Felix, tambien
tienen las damas sus fueros.
¿Qué dirá el mundo de mí
si vuestros dones acepto?
Dirá que si fué rebelde
á vuestros ayes mi pecho,
domó mi altivez el oro;
dirán acaso que os vendo
mi honor... A tan caros bienes
pobreza honrosa prefiero.

FELIX. ¡Ah! no seria imposible
acallar al vulgo necio
si fuerais menos esquiva.
Un medio habria...

LEONOR. ¿Qué medio?

FELIX. Si solo á mi bien mirase
no osaria proponerlo,
mas si el vuestro... Si el altar...
legitimase...

LEONOR. Os comprendo.

FELIX. No vuestro dueño sería,
sino vuestro humilde siervo.
Con solo no aborrecerme
me hariais feliz y...

LEONOR. Os creo.
La boda que proponeis
me honraria; lo confieso;
pero si la mano os diera
cuando el corazon os niego,
¿cuál de los dos se impondria
mas odioso cautiverio?

FELIX. Sois noble, sois virtuosa,
y, una vez doblado el cuello
á la sagrada coyunda,
quizá á mi cariño tierno

no siempre, Leonor, seria
vuestro corazon de acero.
Pronto tendriais... siquiera
compasion de mis tormentos,
y la compasion, señora,
no está del amor tan lejos.
Sois libre...

LEONOR. ¿Y si no lo fuera?

FELIX. ¿Qué decís?

LEONOR. Amo á don Diego
de Avendaño. Ya es inutil
ocultarlo.

FELIX. ¡Oh Dios! Yo muero.

LEONOR. He prometido ser suya.
Mirad si puedo quereros;
mirad si puedo romper
la fé de mis juramentos;
mirad, en fin, si es razon
que rendida á vuestro ruego
niegue la mano al que adoro
por dársela al que desdeño.

FELIX. ¡Asi! ¡Gózate, inhumana,
gózate en rasgar mi seno!
¡Seria yo harto dichoso
si el tósigo de los celos
no envenenase mi herida!
¡Cruel!...

LEONOR. Perdonad si os dejo,
y pues no puede ser vuestra
quien reconoce otro dueño,
¡adios para siempre!

FELIX. Ingrata,
dame la muerte primero.
¡Oye!...

LEONOR. No me importuneis
con estériles lamentos.

FELIX. ¡Amas á otro... y quizás
indigno de tí!...

LEONOR. ¡Acabemos!
Con injuriar á quien amo
me obligais á responderos
que unirme con vos, seria...

perder dos veces el pleito.
(*Vase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VI.

DON FELIX. MORATA.

FELIX. ¡Ay de mí infeliz... y necio
aun mas que infeliz...
MORATA. ¡Señor!...
FELIX. ¡Que no me mata el rubor
de tan indigno desprecio!
MORATA. ¡Morir por eso!
FELIX. ¡Ay Morata!
¿No sabes...
MORATA. Todo lo oí
atisvando desde allí.
FELIX. ¿Viste muger mas ingrata?
MORATA. Desde que el rostro me afeito
no la he visto mas arpía.
FELIX. *¡Casarme con vos sería*
perder dos veces el pleito!
MORATA. No le queda una mazorca,
¡tanta es su calamidad!,
y tiene mas vanidad
que don Rodrigo en la horca.
Dejadla para quien es;
no volvais á ver su gesto
de vinagre; y otra al puesto;
y si una no basta, tres.
FELIX. No, que á mi pesar la adoro;
esta es la ley de mi estrella,
y me parece mas bella
cuanto mas cruel la lloro.
MORATA. Pues bien: sitiadla por hambre.
Quizá mejor se aconseje
cuando el ayuno la deje
delgada como un alambre.
En vez de importuno llanto
enviadla, sin perfiles,
escribanos y alguaciles
con la ejecucion al canto.

FELIX. ¡Calla, hombre ruin...

MORATA. Algo zafía
será la accion, mas con ella
quizá la que ahora os huella
os pida despues alafia.
Pierda, si quereis creerme,
mientras no salde la cuenta,
el hogar que la calienta
y hasta el lecho donde duerme.
Si en tanto volveis á verla,
no, doblando la rodilla,
la tituleis maravilla
y la calumnieis de perla.
Haced sonar los doblones
y para darle dentera
hablad mucho de ternera
y perdices y jamones;
y su cara de baqueta
sonreirá á tal hechizo,
y si el amor no los hizo
hará milagros la dieta.

FELIX. Consejos son de villano
los que me das, y aunque fuera
mi amor de tan baja esfera,
seguirlos seria en vano.
La que desprecia el afan
con que en verla me deleito
se consolará del pleito
en brazos de otro galan.

MORATA. Ya me lo han dicho: un don Diego
que á oler donde guisan viene;
un petate que no tiene
con que hacer rezar á un ciego.

FELIX. Eso prueba que Leonor
con alma y vida le quiere;
pues, aunque pobre, prefiere
á mis riquezas su amor.
¿Qué son los bienes terrenos?
¡Morata!

MORATA. Yo los alabo,
señor, porque, al fin y al cabo,
los duelos con pan son menos.

FELIX. Dices eso porque tienes
alma plebeya.

MORATA. Sí tal,
pero...

FELIX. Daré á un hospital
esos maldecidos bienes.

MORATA. ¡Santo Dios!... Aun fueran pocos
para mí. ¿Estais endiablado?
¿Y cuál es el agraciado?

FELIX. No sé.

MORATA. Que sea el de locos.

FELIX. ¿Por qué?

MORATA. Porque os pronostico
que ireis á parar en él.

FELIX. Sí; loco estoy. ¡Ah cruel
Leonor! ¡Ah!

MORATA. Cerrad el pico;
no os oiga y vuelva á la carga...

FELIX. Vuelva la ingrata homicida
y vea el fin de una vida
tan odiosa, tan amarga.

MORATA. En vez de vengar su ultraje
¡morir por ella! ¡No quiero!
¡Eso faltaba! Primero
muera todo su linage;
ó si tan duro despego
no vengais en ella misma,
romped primero la crisma
al consabido don Diego.

FELIX. Sí; morirá, pues alcanza
lo que yo no he merecido.
Caiga ese hombre aborrecido
inmolado á mi venganza.
Sígueme...

MORATA. *¡Laus tibi, Criste!*

FELIX. En el campo ú en la calle,
donde quiera que le halle...
Mas ¿qué digo? ¡ay de mí triste!
Su muerte tal vez influya
en la muerte de mi amada.
¡Le ama!... Respete mi espada
una vida ¡que es la suya!

MORATA. ¡Bueno! Eso es hablar con juicio.
(Hay que seguirle el humor.)

FELIX. ¡Haga por ella mi amor
este postrer sacrificio!

MORATA. Rasgo digno de memoria
es ese y digno de vos.
Sois un buen cristiano. Dios
os lo premiará en la gloria;
y pues nos mira con tedio
la impia, haced ¡pésia tal!
por ella otra gracia.

FELIX. ¿Cuál?

MORATA. La de quitaros de enmedio.

FELIX. ¡Ah! no puedo....

MORATA. (*Empujándole.*) ¡Hum!... Me consumo...
¿Os haré bajar los tramos
por fuerza?

FELIX. ¡Oh Dios!...

MORATA. ¡Ea!

FELIX. ...¡Vamos!

MORATA. Y esta sea ¡la del humo!
(*Vanse por el foro.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

El teatro representa un ángulo esterior de la quinta del acto primero con la fachada principal á la izquierda de los actores. Habrá dos balcones; uno mirando al público, otro á los bastidores de la derecha, y ambos con vidrieras que dejan ver una sala: debajo del balcon de la fachada una reja: emparrado y bancos de piedra á la entrada de la quinta: bastidores y foro de alameda.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LEONOR. D. DIEGO.

(*Aparecen sentados á la entrada de la quinta.*)

DIEGO. Sí; en esta quinta apacible
celebraremos la boda.
¡Oh cuál la anhela mi pecho!
¡Oh cuánto tarda la hora
en que mis labios te den
el dulce nombre de esposa!

LEONOR. Mañana los esponsales;
y pues dispensas otorga
el vicario á quien las paga,
sin dolernos la limosna
haremos despues que abrevie
sus trámites la parroquia.

DIEGO. Mañana... Aun seria largo
ese plazo á quien te adora;
pero ya no es á nosotros,
sino al padrino, á quien toca
fijarlo.

LEONOR. Mas que al padrino

á nosotros nos importa
la brevedad, y seria
impertinencia notoria
que nos impusiera leyes...

DIEGO. Pudiera ser su persona
tan elevada...

LEONOR. ¿Quién es?
No me lo has dicho hasta ahora.

DIEGO. Tu gozo va á ser igual
á tu sorpresa cuando oigas
su nombre.

LEONOR. Acaba...

DIEGO. Dos mundos
ciñen egregia corona
á su sien augusta.

LEONOR. ¡El rey!

DIEGO. Con justa razon te asombras.
Sí; el rey don Felipe cuarto,
digno de inmortal memoria,
esta gracia nos concede,
y será mas venturosa
bajo sus reales auspicios
la sagrada ceremonia.

LEONOR. ¿Es posible!...

DIEGO. Quiere verte.
Mañana tendrás la honra
de recibirle en tu quinta.

LEONOR. Tantas bondades me agobian;
mas si estuviera en mi mano
el escusarlas...

DIEGO. ¡Qué boba!
¿Sabes lo que es ser ahijada
de todo un rey?

LEONOR. ¿Pero ignoras
que él nuestro es harto inclinado
á aventuras amorosas?

DIEGO. Esas, Leonor, son hablillas
de ociosos...

LEONOR. No, sino historias
verdaderas. Mal hiciste
en hablarle de tu novia.

DIEGO. En criados de palacio

es obligacion forzosa
solicitar el permiso
de su majestad católica
para casarse; y no creo
que con mengua de su gloria
hacerme agravios pretenda
quien de mercedes me colma;
ni, dado que yo creyese
novelas que el vulgo forja,
temiera yo por tu honor;
que, si deleznable en otras,
en tí inespugnable muro
escusa á mi alma zozobras.

LEONOR. Antes que en mi limpia fama
consintiese ni la sombra
de la mas leve mancilla,
con altivez española
yo eclipsaria los timbres
de Lucrecias y de Porcias.—
¡Ojalá que tu Leonor,
como de honrada blasona,
pudiera darte riquezas...

DIEGO. ¡Riquezas! ¿Por qué las nombras?
¿Qué bienes son comparables
á las prendas que atesoras?
En tu amor cifro mi orgullo;
tu corazon es la joya
mas preciada para el mio;
la única que ambiciona.
Sin ella todo me falta;
con ella todo me sobra.

LEONOR. Tus palabras son consuelo
de la pena que me ahoga.

DIEGO. ¿Pena tú!...

LEONOR. La callaria
si me alcanzara á mí sola;
pero antes que al pie del ara
oiga mi dicha en tu boca
debes saber el estado
de mi casa.

DIEGO. ¿Cómo... (¡Hola!)

LEONOR. Quizá me juzgabas rica

viéndome ostentar carroza...

DIEGO. (¡Cielos!)

LEONOR. Y esperaba serlo,
confiada en ilusorias
promesas de mi abogado.

DIEGO. Es decir (¡Virgen de Atocha!)
que tu esperanza fundaste
en un pleito, y hoy le lloras
perdido...

LEONOR. Sí. El tribunal
me ha condenado.

DIEGO. ¿Con costas?

LEONOR. Es claro.

DIEGO. ¿Hay apelacion?

LEONOR. No. Es sentencia ejecutoria;
y entre los gastos del pleito
y los empeños que loca
contraje...

DIEGO. (¡Necio el que fia
de apariencias engañosas!)

LEONOR. ¿Qué decias?

DIEGO. Que esos jueces
debian ir á la horca.

LEONOR. Como creia aumentar
mi hacienda...

DIEGO. (¡Vaya, que es droga!...)

LEONOR. La esperanza de la agena
me hizo malgastar la propia.
Solo me queda esta quinta
y unas tierras en Segovia...

DIEGO. (¡Vaya en gracia!)

LEONOR. Que tendré
que vender...

DIEGO. (¡Aqui fue Troya!)

LEONOR. (Mucha sensacion le ha hecho
al parecer mi derrota.)

DIEGO. (¡Si hubiera sabido yo
lo del pleito!)

LEONOR. (¡Estoy absorta
de verle tan abatido!)
¡Don Diego!

DIEGO. ¡Leonor hermosa!...

(El pan de la boda es bueno,
mas... si no hay pan en la boda...)

LEONOR. ¿Cómo asi tan melancólico
y tan suspenso...

DIEGO. (¡Y no hay forma
de volverse atras!...) ¡Leonor!
Tu infortunio me acongoja...

LEONOR. ¡Ya lo veo!

DIEGO. (Una esperanza
me queda. Si el rey la dota...)

LEONOR. Cuando una débil muger
con pecho sereno arrostra
la desgracia, ¿á un hombre ¡cielos!
asi el valor abandona?
¿Será que tu amor desmaya
al ver que contrario sopla
el viento de mi fortuna?

DIEGO. (Finjamos.) ¡Ah! me destrozan
el corazon tus palabras.
¡Dejar yo de amarte ahora
cuando esa misma desdicha
que resignada soportas
te da mas precio á mis ojos!
Mas mi suerte lastimosa
influye acaso en la tuya.
Esta idea aterradora,
no la que injusta me achacas,
es la que mi ánimo postra.
Quizá tu mano pretende
quien te haria mas dichosa,
y por mí, por serme fiel
le menosprecias heróica.

LEONOR. Cierto; mi propio adversario,
no obstante nuestra discordia,
rendido me solicita
y en vano mi gracia implora.
Mas si su mano desdeño,
no es por pueril vanagloria;
es que solo pienso en tí
desde que alumbra la aurora,
y me halaga tu pasion
cuanto la suya me enoja,

y no es mi alma mercancía
que con el oro se compra,
ni cabe en ella otra imagen,
porque tú la ocupas toda.

DIEGO. ¡Bien mio! (Hagamos de tripas
corazon.) ¡Mi amor, mi diosa!...
Fundado en mi escaso mérito
dudaba de la victoria,
pero tus dulces palabras
el corazon me confortan.
Yo desprecio las riquezas
como tú. (¡Mentira y gorda!)
Contigo, régio palacio
fuera para mí la choza
mas humilde. Si mis dudas
te han ofendido, perdona.
Quise probar tu virtud,
y pues brilla tan estóica,
ahora bendigo, Leonor,
el pleito que te despoja.
Asi el ignorante vulgo
no dirá que me enamora
tu caudal... (*Empieza á oscurecer.*)

LEONOR. ¡Ah! ¡Si lo dije!

DIEGO. ¿Lo digiste? ¿A quién? ¿A doña...

LEONOR. Sí; á doña Mencía.

DIEGO. ¿Y qué
respondió la quintañona?
No me quiere bien. Sin duda
lo tuvo por paradoja...

LEONOR. ¿Quién hace caso de dueñas
estravagantes...

ESCENA II.

DOÑA LEONOR. D. DIEGO. DOÑA MENCIA.

MENCIA. (*Saliendo de la quinta.*) Señora...

LEONOR. ¿Qué quereis?

DIEGO. (*Lupus in fabula.*)

MENCIA. Las conservas estan prontas
y en punto el agua de nieve.

Si os parece que ya es hora
de beber...

LEONOR. Sí, que su manto
ya tiende la noche lóbrega.

MENCIA. ¿Servimos aqui?

LEONOR. (*Se levanta y tambien don Diego.*)
No. Arriba.
Ya hace frio aqui.
(*A don Diego.*) ¿Lo notas?

DIEGO. (¡Demasiado!) Sí, un remusgo...

LEONOR. Subamos...

DIEGO. La mano...

LEONOR. Toma.—
Cerrad la puerta.
(*Entra en la quinta con don Diego.*)

MENCIA. Está bien.—
Si le ha contado la historia
del pleito, mucho me temo
que se nos agüe la boda.

(*Entra y cierra por dentro. Al mismo tiempo aparecen por el foro don Felix y Morata.*)

ESCENA III.

D. FELIX. MORATA.

MORATA. Ya estamos de vuelta. ¡Bien!
Pediremos con afan
posada, y responderán:
perdonen por Dios. ¡Amen!
¿Posible es que á una camorra
se esponga vuestra merced
por mirar á una pared
como á las uvas la zorra?
Quien puede fundar serrallos
¿es razon que tal soporte?
Volvámonos á la corte.
Desataré los caballos...

(*Aparecen en la sala de arriba doña Leonor y don Diego y se sientan inmediatos al balcon que está sobre la reja.*)

FELIX. No; detente. A mi pesar,

aqui me arrastra el destino.

MORATA. Pero, por Dios uno y trino,
no seais loco de atar.
Tras del desaire que os hizo
tan grosero y tan injusto
¿aun quereis, por darla gusto,
coger aqui un romadizo,
ó que con rostro indigesto
desde el balcon os remoje,
si no es que airada os arroje
sobre la cabeza un tiesto?
¿No os dijo ya, y no de chanza,
sino con adusto ceño:
no os amo; tengo otro dueño;
no hay para vos esperanza?
¡Y aun quereis, señor, por colmo
de flaqueza y desvario,
machacar en hierro frio
y pedir peras al olmo!
Basta de inútil asedio,
y para hacer mas segura
y mas radical la cura
poned tierra de por medio.
Idos á Aranjuez, á Cuenca...,
ó en Mastrique y en Ostende,
si una española os enciende,
os apague una flamenca.
Alli echareis á la espalda
las penas que os da Leonor,
ó pagarán su rigor
los hereges del Escalda.
En su turba descreida
ya probásteis que es de ley
esa tizona; aunque el rey
vuestros servicios olvida;
y á no mirar vuestra fama,
que estimo mas que la mia,
lleve el demonio, os diria,
vuestro rey y vuestra dama;
mas para un hombre esforzado
solo hay consuelo bastante
de sus lágrimas de amante

en sus timbres de soldado;
y si alli maligna estrella
os guarda trágica historia,
mas vale morir con gloria
que encanijaros sin ella.

(*Doña Mencía y una criada sirven arriba el refresco á doña Leonor y á don Diego.*)

FELIX. Con tus ideas convengo,
que sana razon te asiste.

MORATA. ¿De veras? Esto consiste
en la mucha ley que os tengo.

FELIX. Haré lo que me aconsejas...

MORATA. ¡Sí; voto á cristas de pez....

FELIX. Mas por la última vez
oiga esa ingrata mis quejas.

MORATA. ¿Hay mas ciega obstinacion?
¿Cabe con ella acomodo
cuando os cierra á piedra y lodo
la puerta y el corazon?

FELIX. Llamaré... Mi confianza
no me acredita de cuerdo;
pero ¿qué quieres!.. no pierdo
todavia la esperanza.
Quizá á vacilar empieza,
si sabe lo del litigio,
don Diego. ¿Será un prodigio
que le asuste la pobreza?
Y ella en un justo arrebato
de indignacion contra él
quizá galardone al fiel
por vengarse del ingrato.

(*Doña Mencía y la Criada se retiran de la sala de arriba, llevándose la bajilla* &c.)

MORATA. Despues de tanto desaire
y tantas súplicas vanas,
esas son cuentas galanas
y castillos en el aire.
¡Pese al enemigo malo,
llamad y hacedla completa!
Cara os ponga de baqueta
la que os da cara de palo.
Llamad; mas por vida mia,

si sintiera yo la pupa
que os escuece, como chupa
de dómine la pondria,
y en vez de aumentar mi oprobio
con sumision baladí,
se acordarian de mí
la Leonorcita y su novio.

FELIX. Caballero castellano
nunca á su dama ultrajó.

MORATA. Por eso me huelgo yo
de haber nacido villano.
No á nosotros nos halaga
lo que llamais negra honrilla.
Lleve faldas ó ropilla,
quien nos la hace nos la paga.
Echando ternos atroces
si nos agravia una Filis,
desahogamos nuestra bilis
con bofetadas y coces,
y ellas, trocando el desprecio
en humildad y obediencia,
quizá tienen mas querencia
al que casca mas de recio.

(*Acaba de oscurecer. Vuelve á aparecer arriba la criada con una luz, la deja sobre un bufete y se retira.*)

FELIX. ¡Eh! calla, que ya me irritas.

MORATA. Callo y toco el aldabon.

FELIX. No. Espera...

MORATA. (¡En el corazon
tocadle, ánimas benditas!)

FELIX. Si pudiéramos primero
hablar con doña Mencía...
Ella tal vez me diria...

MORATA. Ya lo que diria infiero.
Que en paz y en gracia de Dios
la Leonor y su galan
tal vez ahora mismo están
haciendo escarnio de vos.

FELIX. ¡Basta, cruel! ¿No te duele
el pesar que me sofoca?
¿No ha de sonar en tu boca
una voz que me consuele?

Entornada está la reja.
Llama quedo.

MORATA. Bien. (¡Porfia
inútil!)

(*En voz baja y tocando quedo en la reja.*)

Doña Mencía.—
¿Quién confia en esa vieja?

FELIX. Siempre fui su protegido.

MORATA. Hoy no lo sereis. Es dueña.

FELIX. Pero...

MORATA. Todos hacen leña
del arbol que está caido.

FELIX. ¡Nadie responde!

MORATA. ¡Está visto!
La noche es boca de lobo.
Si nos achacan un robo,
¡la logramos, vive Cristo!
Por el que murió en la cruz,
creedme y vámonos ya.

FELIX. Arriba acaso estará.
En aquel balcon hay luz...

(*Se retiran de la puerta para ver mejor el balcon.*)

MORATA. Alli dos bultos se ven...

FELIX. ¡Cielos!

MORATA. Ellos son. ¡Mal año...
¿Quereis mayor desengaño...
Mirad si yo dije bien.
Mirad al lindo don Diego...

FELIX. Huyamos. Ya es desatino
combatir contra el destino...

VOCES. ¡Fuego! (*En la casa.*)

FELIX. ¿Qué oigo!

VOCES. ¡Fuego! ¡Fuego!

(*Al traves de la vidriera se ve á don Diego y á Leonor levantarse azorados.*)

ESCENA IV.

D. FELIX *y* MORATA *en el proscenio.* DOÑA LEONOR *y* D. DIEGO *arriba.*

FELIX. ¡Fuego en la quinta! Acudamos,
Morata.

MORATA. ¿Cómo, si está
cerrada la puerta?

(*Don Diego abre la vidriera y se asoma al balcon.*)

DIEGO. ¡Fuego!

LEONOR. ¡Jesus me valga!

(*Cae sin sentido en la misma silla que antes ocupó.*)

FELIX. (*Haciendo con Morata vanos esfuerzos para romper la puerta.*)
¡Es afan
inutil!

DIEGO. ¡Se ha desmayado!

MORATA. ¡Abrid!

DIEGO. (*Al balcon.*) ¡Socorro!

(*Dando algunos pasos hácia lo interior de la casa.*)
¡Piedad!

FELIX. ¿Cómo salvarla!...

DIEGO. (*Retrocediendo.*) La cuadra
inmediata es ya un volcan.
Apelemos al balcon...
(*Se descuelga por el balcon.*)

FELIX. Demos la vuelta, á ver si hay
otra puerta.

(*Desaparece con Morata en direccion del costado de la quinta que mira al foro.*)

ESCENA V.

D. DIEGO. DOÑA LEONOR, *desmayada.*

VOCES. (*Dentro.*) ¡Fuego! ¡Fuego!

DIEGO. El pié no puede atinar
con la reja... Saltaré. (*Salta al tablado.*)
Libre estoy.— ¡Qué oscuridad!
Daré voces. Los colonos
vecinos acudirán
tal vez... ¡Socorro!

(*Vase por su izquierda. Al mismo tiempo vuelven don Felix y Morata.*)

ESCENA VI.

D. FELIX. MORATA. DOÑA LEONOR.

FELIX. ...Hácia aqui
se oyó el ruido.

MORATA. Y por allá
Corre un hombre... Juraria
que ese hombre es vuestro rival
que bajó por el balcon...

FELIX. ¿Y pudo asi abandonar
á su dama... (*Mirando arriba.*)
¡Oh Dios, qué veo!
Alli á un desmayo fatal
rendida... Por esta reja
puedo el balcon escalar. (*Sube por la reja.*)

MORATA. Señor, mirad lo que haceis
que la vida aventurais,
y acaso en vano...

FELIX. ¿Qué importa
mi odiosa vida...

MORATA. ¡Esperad!...

VOCES. (*Dentro junto á la puerta y en seguida se oye el ruido que hacen para abrirla.*)
¡Socorro!

FELIX. ¡Leonor!

MORATA. Ved que abren
la puerta... ¡Arriba está ya!

ESCENA XII.

MORATA. DOÑA MENCÍA. UN CRIADO Y UNA CRIADA, *en el escenario.* DOÑA LEONOR. Y DON FELIX, *arriba.*

MENCÍA. ¡Ah qué desdicha!... ¿Eres tú,
Morata! Por caridad,
acude...

FELIX. ¡Leonor! ¡Mi bien!...
Mis brazos te librarán
de las llamas, ó contigo
moriré.

(*Toma en brazos á doña Leonor.*)

MENCÍA. Corre, Gaspar,
á la granja...

(*Vase corriendo el criado por donde se fué don Diego.*)

MORATA. Ya la lleva
en sus brazos... ¿Qué será
de los dos!

(*Desaparece don Felix con doña Leonor en los brazos.*)

ESCENA VIII.

DOÑA MENCÍA. MORATA. LAS CRIADAS.

MENCÍA. ¡Pobre señora!
Nadie la pudo amparar...
El fuego prendió muy cerca
de la sala, y cada cual
con el ansia de salvarse...

(*El balcon deja ver algunas llamaradas.*)

MORATA. ¡Oh Dios! la llama voraz
ya asoma... ¡Perdidos son!

MENCÍA. ¡Horrible calamidad!
Conté que me ahogase el humo
cuando ganaba el zaguan...

MORATA. ¡Sin poder yo socorrerle!...
Pero aunque sepa arrostrar
cien muertes...

(*Va á entrar en la quinta.*)

¡Oh! ya está aquí.

(*Sale de la quinta don Felix con doña Leonor desmayada en sus brazos.*)

ESCENA IX.

DON FELIX. DOÑA LEONOR. DOÑA MENCÍA. MORATA. LA CRIADA.

MORATA. ¡Señor!

FELIX. ¡Morata!... Llegad;
ayudadme á sostenerla.
¡He triunfado! ¿Hay ya mortal
mas venturoso que yo?

MORATA. ¡Albricias! Pero... ¿no estais

herido? ¿Cómo las llamas
habeis podido evitar...

FELIX. No sé... No puedo esplicarlo...
Milagro ha sido quizá...,
mas de mayores prodigios
mi amor sería capaz.
Él daba alas á mis piés,
aliento y serenidad
á mi pecho, y á mis ojos
luz radiante y perspicaz.
Del un aposento al ótro
corriendo con ansiedad,
leve arista era á mis fuerzas
la dulce carga, y audaz
entre humo, llamas y escombros
llego por fin á ganar
la escalera, aventajando
por dicha en velocidad
al mismo activo elemento
de que he logrado triunfar.

MORATA. ¡Oh corazon valeroso!
¡Oh fineza sin igual!
¡Y entre tanto huye cobarde
el preferido galan,
y de ese acerado pecho
el injusto tribunal
el fallo que os condenó
tal vez no revocará
todavia, que asi suelen
las mugeres enjuiciar!
¡Eh! soltadla ya, y mal año
para las hijas de Adan.

MENCÍA. ¡Calle!... Estos lacayos tienen
el alma de pedernal.

FELIX. Bastaba que yo la amase
como nadie amó jamás
para ofrecerla mi vida,
aunque me lo pague mal.
¿Y acaso de este servicio,
que cualquiera en mi lugar
la prestára si en su pecho
latiera sangre leal,

no es, dí, mayor galardon
que el que yo pude esperar
el estrechar en mis brazos
tanta hermosura? Mas ¡ay!
no vuelve de su congoja;
no la siento respirar.
Cerrados sus bellos ojos
y sus labios de coral...
¡tal vez en eterno sueño...

MORATA. Pues habremos hecho un pan
como unas hostias...

FELIX. ¡Leonor!

MENCÍA. ¡Señora!... No da señal
de vida... ¿Y qué hacer en esta
espantosa soledad...
¡Y la casa ardiendo...

FELIX. ¡Ah! mueve
los brazos... ¡Albricias!

LEONOR. (*Volviendo de su desmayo.*) ¡Ah!

FELIX. ¡Vive! ¡Oh ventura! ¡Oh placer!

LEONOR. ¿Dónde estoy?... ¿Quién...

FELIX. Ayudad
á sentarla en este banco.

LEONOR. ¿Eres tú, mi bien!

MORATA. (*Aparte á don Felix.*) ¿Qué tal?

FELIX. (*Dejándola en el banco con despecho.*)
(¡Oh infeliz de mí!) Señora...

LEONOR. (*Con despego.*)
¿Quién habla?... Ven...

MORATA. (*Haciendo retroceder á su amo.*)
¿Aun no estais
contento?

LEONOR. No reconozco
su voz... ¡Oh cielos! ¿habrá
perecido mi don Diego?
(*Levantándose.*)
¡Ah! Quien quiera que seais,
¡socorredle!..

MORATA. (*Tirando del brazo de don Felix.*)
¡Eso faltaba!
No es menester.
(*A su amo aparte.*)

¡Paso atrás!
Todavia si os conoce
los ojos os va á sacar.

LEONOR. ¡Diego!

FELIX. (¡Oh desesperacion!)

MENCÍA. Ya está libre. No temais.

LEONOR. ¡Libre, y en mis tiernos brazos
no le estrecho! ¿Dónde está?

MORATA. (*Aparte con don Felix, ya en lo último del foro.*)
Vamos, señor, que os perdeis.

DIEGO. (*Dentro.*) ¡Corred! ¡Seguidme! ¿Volad!

LEONOR. ¡Cielos! ¿no es su voz la que oigo?
(*Se dirije á los bastidores de la izquierda.*)

MENCÍA. Sí; pero...

(*Llega corriendo don Diego y con él algunos labradores. Uno de ellos traerá un hachon encendido.*)

ESCENA X.

DOÑA LEONOR. DOÑA MENCÍA. DON FELIX. MORATA. DON DIEGO. LA CRIADA. LABRADORES.

LEONOR. (*Sin oir á doña Mencía y echándose en los brazos de don Diego.*)
¡Ah! Cesó mi afan.

DIEGO. ¡Leonor!

LEONOR. ¡Mi bien!

(*Don Felix requiere la espada. Morata le detiene llevándole hasta el último bastidor de la derecha.*)

MORATA. ¡Deteneos!

FELIX. ¡Morata... no puedo mas!
(*Cae sin sentido en los brazos de Morata.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Cámara baja rústicamente amueblada en una granja inmediata á la quinta de doña Leonor. Puerta en el foro y otra en los bastidores de la izquierda; en los de enfrente una ventana.

ESCENA PRIMERA.

D. DIEGO. DOÑA MENCIA.

DIEGO. ¿Duerme mi bien adorado?
MENCÍA. No, señor; ya está vestida.
DIEGO. ¿Le habeis dicho que la espera
impaciente el alma mia...
MENCÍA. Sí; pronto saldrá á pagaros
con amorosas caricias
lo mucho que os debe.
DIEGO. Dueña,
dejémonos de ironias,
y pues ha de ser Leonor
mi esposa, y vuestra malicia
en vano apagar quisiera
la fé que su pecho abriga,
sed prudente y meditad
lo que el interés os dicta;
que mostrarme agradecido
podré si me sois propicia,
y perdereis mas que yo
si os declarais mi enemiga.
MENCÍA. Don Diego, vuestra jactancia
no me causa maravilla.
Tan ciega á mi ama teneis,
que ya no distingue el dia

de la noche; pero mas
que su ceguedad me admira
vuestra constancia. ¿Sabeis...

DIEGO. Todo lo sé, y las desdichas
que llora, en vez de entibiar
la pasion que me domina,
dan mas púbulo á la llama
en que me abraso.

MENCIA. (Mentira.)
¿Cierto? (Aqui hay gato encerrado.)

DIEGO. Idos: ya sale.

ESCENA II.

DOÑA LEONOR. D. DIEGO. DOÑA MENCIA.

DIEGO. ¡Mi vida!

LEONOR. ¡Don Diego!

MENCÍA. (*Yéndose.*) (No cuela. Vaya,
y cuénteselo á su tia.)

ESCENA III.

DOÑA LEONOR. D. DIEGO.

DIEGO. ¿Has podido descansar,
mi bien, de tanta fatiga?

LEONOR. Poco. Ya lucia el alba
cuando me quedé dormida.—
¡Noche horrenda!

DIEGO. Fue preciso
que en esta granja vecina
te albergases. A tal hora
otro remedio no habia.
Hecha á dormir entre holandas
y sobre pluma mullida,
te resignaste al suplicio
de dura cama, aunque limpia.

LEONOR. ¡Pobres gentes! Me hospedaron
en su cabaña pajiza
con la mejor voluntad.
No olvidaré mientras viva

los favores que les debo.—
Mas ¿qué ha sido de mi quinta?

DIEGO. Cesó el fuego á media noche
y, á ser ciertas las noticias
que acabo de recibir,
no es tanto cual yo temia
el estrago que causó,
pues con diligencia activa
acudiendo los colonos
de todas las cercanias,
le pudieron atajar,
y como son tan macizas
las paredes esteriores,
solo ha alcanzado la ruina
del fuego á algunos tabiques,
y bien puedes todavia
en el resto de la casa
vivir segura y tranquila.

LEONOR. Hado cruel me persigue;
pero la hacienda perdida
es lo de menos, pues quiso
la Providencia divina
de tanto riesgo salvarnos.—
Mas ¿qué mano compasiva
fue su instrumento? Al oir
los gritos que proferian
mis criados, del sentido
mortal congoja me priva;
creyendo verme en tus brazos,
no bien el pecho respira,
tu nombre suena en mi boca,
tu rostro busca mi vista;
¡y responde á mis acentos
una voz desconocida!
No cuido saber entonces,
quizá ingrata en demasía,
á qué mortal generoso
deudora soy de la vida,
que solo el afan de verte
mi imaginacion cautiva.
Al fin te estrecho en mi seno
y recobro la alegria;

mas ¡cuánto fuera mayor
si amante y agradecida
pudiera haber dicho: él es
quien de las llamas me libra!
Lo que á tu gloria faltó,
don Diego, faltó á mi dicha.

DIEGO. ¿Qué! (Válgame aqui el descaro.)
¿Me atribuyes la ignominia
de dejarte abandonada
cuando tu vida peligra?
No esperaba yo de tí
¡oh Leonor! tal injusticia.
Yo fui quien, segundo Eneas
de otra Creüsa mas linda,
cruzando montes de fuego
y piélagos de ceniza,
te salvé cuando tu casa
imágen de Troya ardia.

LEONOR. ¡Qué oigo, cielos!

DIEGO. Pero al ver
que tu pecho no palpita,
de tu vida desespero;
mis fuerzas ¡ay Dios! vacilan;
corro sin saber por dónde;
grito;—¡qué horrible agonia!
vuelvo; y cuando ya juzgaba
hallarte exánime, fria,
en mis brazos te recibo
con inefable delicia.

LEONOR. Perdona. Las apariencias
me engañaron. Con indignas
sospechas yo no debí
menoscabar tu hidalguia.
Te creo; amor me lo manda
y mi alma lo necesita.

DIEGO. No debiera perdonarte
dudas que tanto lastiman
mi fé y mi honor; (¡pobre tonta!)
mas contemplo que son hijas
de tu ternura, y yo cedo
al impulso de la mia.

LEONOR. ¡Caro esposo!

DIEGO. En ese título
que amorosa me anticipas,
fundo yo todo mi orgullo.

LEONOR. Iremos, pues, á la quinta...

DIEGO. Pueden haberme engañado.
Mejor es que me permitas
reconocerla primero,
y hacer traer una silla
de manos que te conduzca,
que aunque es poco lo que dista
de aqui, no es justo que piés
tan bellos maten hormigas.—
Pronto vuelvo. Adios.

LEONOR. Adios.

DIEGO. (La engaño como á una china.)

ESCENA IV.

DOÑA LEONOR.

¡Cuánto me ama! ¿Y yo he podido
poner en duda la fé
de su pecho! ¿Quién osara
con bizarra intrepidez
por salvarme del peligro
esponer su vida; quién
de sacrificio tan grande
fuera capaz, sino él?
Si mintieran sus palabras;
si con infame doblez
se burlara de mi crédulo
cariño... No puede ser.
Resplandecia en su boca
la verdad y espejo fiel
de su corazon el rostro...

ESCENA V.

DOÑA LEONOR. DOÑA MENCÍA.

MENCIA. Vengo, señora, á saber
si quereis el desayuno...

LEONOR. Dejadlo para despues
que haya vuelto de la quinta
mi don Diego.
MENCIA. Está muy bien.
(¡Vaya, que es mucho don Diego!)
LEONOR. O por ventura ¿quereis
despues que le debo tanto
matarle de hambre y de sed?
MENCIA. Vos sois, no yo, quien ahora
le tiene á mesa y mantel.
¿Qué me importa á mí...
LEONOR. Es estraña
la aversion que le teneis.
MENCIA. Yo, señora...
LEONOR. Y si pudisteis
disculparla alguna vez,
¿cómo os mostrais su enemiga
despues de lo que hizo ayer?
MENCIA. Ignoro yo los milagros
de ese santo. ¿Qué hizo, pues?
LEONOR. Sacarme de entre las llamas...
MENCIA. ¡Jesus, Maria y José!
LEONOR. ¿Lo dudais?
MENCIA. Si él os lo ha dicho...
LEONOR. Él mismo.
MENCIA. Y vos lo creeis...
LEONOR. Pues ¡que! ¿osareis desmentirle...
MENCIA. ¡Yo desmentir á la prez
de los caballeros! Vaya,
os pondreis hecha un Luzbel
si tal hago. Sí, señora;
don Diego sin duda fue
quien os libró.— Malas lenguas
dicen— ¡mentira soez!—
que abandonando á su dama
en aquel trance cruel,
se descolgó del balcon
y apretó luego á correr.
Tambien yo hubiera jurado
que en brazos de otro doncel
os ví salir de la quinta;
mas de noche, ya se ve,

todos los gatos son pardos;
y pues habló su merced
y es voto de calidad,
no hay sino decir: amén.

LEONOR. No valen las reticencias:
hablar claro es menester;
mas la conciencia os acusa
y ni siquiera teneis
aliento para mentir.

MENCÍA. ¿Si? Pues la verdad diré,
aunque con ella provoque
vuestra cólera. Sabed
que uno es el descalabrado
y otro se venda la sien,
que uno labra la colmena
y otro se come la miel,
y en fin que os salvó don Felix
y huyó don Diego.

LEONOR. ¿Hay muger
mas audáz?

MENCÍA. Pero poniendo
el retablo del revés...

LEONOR. ¡Basta!

MENCIA. Usurpa Satanás
el puesto de San Miguel.

LEONOR. ¡Mentís, aleve! Arrastrada
por el sórdido interés
forjásteis esa calumnia.

MENCÍA. Yo os juro por...

LEONOR. No jureis
en falso, lengua de víbora.
Caed primero á mis piés
y confesad... Mas ¿qué ruido
de caballos...

MENCÍA. (*Mirando por la ventana.*) Cinco ó seis
cortesanos... Y uno de ellos...
Sí; le conozco... ¡Es el rey!

LEONOR. El será, que su visita
me anunció don Diego.

MENCÍA. El és.

LEONOR. Yo me turbo...

MENCÍA. Ya se apea

del soberbio palafren.

LEONOR. ¿Cómo... á esta granja...

MENCÍA. Ya entró;
ya llega... Aqui le teneis.

(*Hace una profunda reverencia, deja pasar al rey y su acompañamiento, y se retira.*)

ESCENA VI.

DOÑA LEONOR. EL REY. D. GUTIERRE. CORTESANOS.

LEONOR. Vuestra augusta Magestad
permita á su fiel esclava...

REY. (*Sin permitirla arrodillarse.*)
¡Tened!..
(*Aparte á don Gutierre.*)
¡Qué bella! Aun la alaba
poco el novio.
(*A la comitiva.*) Despejad.
(*Vanse los cortesanos.*)

LEONOR. Turbado mi rostro veis...

REY. No menos lindo por eso.

LEONOR. Y es que indigna me confieso
de la honra que me haceis.

REY. ¿Indigna? No á vuestro fuero
de dama hagais tal ofensa,
que el ser rey no me dispensa
de la ley de caballero.

LEONOR. Me abruma tanta bondad.

REY. (*Aparte á don Gutierre.*)
¿Has visto igual maravilla,
Gutierre?

LEONOR. Esta pobre silla
os ofrece mi humildad,
harto rústico homenage
para el rey á cuyo imperio
en uno y otro hemisferio
rinde el mundo vasallaje;
pero bien á mi despecho,
señor, á mi deuda falto
y acojo á huesped tan alto
bajo este mísero techo.

REY. Sí; ardió vuestra quinta bella.

Yo he visto el estrago horrendo,
que, mi palabra cumpliendo,
íbame á apear en ella.—
Pregunto con eficacia
donde residís ahora,
y vengo á daros, señora,
consuelo en tanta desgracia.

LEONOR. Solo me causa dolor
ver que la suerte maligna
me priva de dar mas digna
posada á mi rey.

REY. ¡Leonor!
Ya es la cabaña que piso
digna, no de un rey, de un Dios,
que embellecida por vos
me parece el paraïso.

LEONOR. Señor, no os burleis, os ruego...

REY. ¡Burlarme! Sincero os hablo.

GUTIERRE. (Ya prendió la yesca. ¡Diablo!)

REY. Mas decid; ¿qué es de don Diego?

LEONOR. Fue á la quinta.

REY. No le ví.

LEONOR. Distinta senda los dos
tal vez...

REY. Si. (¡Pluguiera á Dios
que nunca volviese aqui!)
Si me dais vuestra licencia,
le espero.

LEONOR. ¿Eso dice un rey?
Vuestra voluntad es ley.

GUTIERRE. (Ya sobra aquí mi presencia.)

ESCENA VII.

DOÑA LEONOR. EL REY.

LEONOR. ¿No quereis sentaros?

REY. Sí;
mas tomad esotra silla.

LEONOR. ¡Yo... junto al rey de Castilla...
Señor, bien estoy asi.

REY. Habré de quedarme en pié

si vos no os sentais.

LEONOR. Señor...,
si lo mandais...

REY. Sí; Leonor.

LEONOR. Por obediencia lo haré. (*Se sientan.*)

REY. Ahora que os veo, no estraño
que tengais, Leonor, ageno
de juicio y de paz al bueno
de don Diego de Avendaño;
mas nunca, asi Dios me asista,
creí que hombre tan vulgar
se atreviera ni á soñar
tan elevada conquista.

LEONOR. Perdonad, señor, si os digo,
pues le ama mi pecho fiel,
que sois injusto con él
por ser galante conmigo.
Quizá en su amante pasion
mi corazon se equivoca;
pero ¿quereis que mi boca
desmienta á mi corazon?
¿Será justo que le alabe
estando presente vos?
¡Oh! nunca permita Dios
que os haga ofensa tan grave.
¿Qué caballero español
tal comparacion resiste?
¿Qué astro no es pálido y triste
donde resplandece el sol?
Asi, señor, no disputo,
que fuera delirio ciego,
si merece ó no don Diego
el amor que le tributo;
y pues mi deber comprendo,
el labio humilde reprimo,
que miento si le deprimo
y si le alabo es ofendo.

REY. Si unís tanta discrecion
á un rostro tan soberano,
pretendeis, Leonor, en vano
que yo mude de opinion.
Lo digo porque lo creo:

ciega estais.

LEONOR. ¡Vaya por Dios!

REY. Y es mucha lástima... Vos
mereceis mejor empleo.

LEONOR. Mas alto no le ambiciono.

REY. Sois modesta en demasía,
que á tal belleza sería
débil homenage un trono.

LEONOR. Señor, no me hableis asi,
que me hareis envanecer
mas de lo que es menester...
y se burlarán de mí.
Mas no es mucho que resuene
tan poética elocuencia
en quien bebió con frecuencia
de las aguas de Hipocrene,
y cuando casi de diosa
título me dais, entiendo,
señor, que estais componiendo
una *comedia famosa*.

REY. Yo os juro...

LEONOR. En fin, si el proyecto
de la boda á que me inclino
es error, es desatino;
si ciega estoy en efecto,
pues es ya toda mi hacienda
esta grata ceguedad,
ruego á Vuestra Magestad
que no me quite la venda.

REY. No os cause doliente lloro,
Leonor, la perdida hacienda,
que de esos pies son ofrenda
las arcas de mi tesoro.

LEONOR. No en vano un fiel servidor
vuestra proteccion implora.

REY. No se la concedo ahora
á Diego sino á Leonor.
Ufano con tal esposa
harta dicha amor depara
á quién reciba en el ara
esta blanca mano hermosa.

LEONOR. ¡Señor! ¿qué haceis?... (*Retirando la mano.*)

REY. De la mia
no la aparteis... (¡Loco estoy!)
Como padrino os la doy
y es justo...

LEONOR. (*Levantándose y llamando.*)
¡Doña Mencía!

REY. (*Levantándose.*)
No llameis... (¡Es zahareña!)
¿Tan horrible atrevimiento
es el mio...

LEONOR. Es que me siento
desazonada...

ESCENA VIII.

DOÑA LEONOR. EL REY. DOÑA MENCÍA.

REY. (¡Una dueña!)

MENCÍA. Señora...

LEONOR. Acercaos mas.

(*Doña Leonor se apoya en doña Mencia.*)

MENCÍA. ¿Qué teneis?

LEONOR. Me siento mala.

MENCÍA. ¿Os daremos calaguala?
¿Agua de tila? ¿Hipocrás?

LEONOR. No.

REY. ¿De veras... ¡cielo santo!...
estais mala?

LEONOR. Pues sinó,
¿cómo me alejara yo
de un rey á quien amo tanto?...

MENCÍA. Unos paños con manteca...

REY. ¿Qué sentis?

LEONOR. ¡Dios de Israel!...
Una jaqueca cruel.

REY. ¡Válgate Dios por jaqueca!

LEONOR. Es mal que solo se aplaca
con cama, sueño y paciencia.
Si me dais vuestra licencia...

REY. Forzoso será. (¡Bellaca!)

LEONOR. Perdon os pido... Ya veis...

REY. Sí.

LEONOR. Cuando vea á don Diego
le diré...

REY. Sí... (¡Soy de fuego!)

LEONOR. Las mercedes que le haceis.

(*Entra con doña Mencía en el cuarto de la izquierda.*)

ESCENA IX.

EL REY.

¡Cielos! ¿qué muger es esta
que tanto poder ejerce
sobre mí, y hasta en el mismo
desamor con que me hiere
tiene hechizos que aprisionan
mi albedrio?
(*Llamando.*)
¡Don Gutierre!...
Diera por su amor mi trono,
mi vida.

ESCENA X.

EL REY, DON GUTIERRE.

GUTIERRE. Señor... ¿Qué advierten
mis ojos? Doña Leonor...

REY. Donde soñaba placeres
hallo tristes desengaños.
¡Que haya sido yo tan débil!

GUTIERRE. Pero...

REY. ¡Huyó de mí!

GUTIERRE. ¡Es posible!...

REY. Osó mi labio imprudente
revelar la activa llama
que mi corazon enciende.

GUTIERRE. A veces toma el orgullo
el caracter de aparente
de austera virtud. Sin duda
con tono grave y solemne
os habrá dicho: «no alcanza
la potestad de los reyes

al sagrado de mi honor.
Dadme primero la muerte...

REY. No con desabrido ceño,
sino con semblante alegre
me oyó, y acertó á dorar
con acentos tan corteses
y tan discretos su réplica,
que yo dudé algunas veces
si me halagaban favores
ó me afligian desdenes;
mas cuando osé con la mia
tocar su mano de nieve,
se levantó apresurada,
llamó á su dueña perene,
fingiose... ¡con que donaire!...
atacada de una fuerte
jaqueca, y á su aposento
se retiró haciendo dengues.

GUTIERRE. No fuera digna de vos
si liviana se rindiese
al primer choque. No hay gloria
cuando sin lucha se vence.

REY. Vana será mi porfía,
que ama á su don Diego y siempre
le amará... ¡Lo que un vasallo
alcanza un rey no merece!

GUTIERRE. No os desanimeis, señor.
Vuestra pasion favorecen
las circunstancias. Ayer
perdió en un pleito sus bienes
Leonor y voraz el fuego
dejándola sin albergue
para completar su ruina
hizo pacto con los jueces.

REY. ¿Quién os ha dicho...

GUTIERRE. La dueña,
que ya charló mas que siete,
y á quien no será dificil...
ganar...

REY. No; mi pecho debe
reprimir esta pasion.
La conciencia me remuerde...

Yo, que á don Diego ofrecí
mi proteccion, ¿tan aleve
he de ser...

GUTIERRE. ¡Vanos escrúpulos!
¿Creeis que á Leonor pretende
don Diego porque sus gracias
le enamoran, le enloquecen?
No; yo le conozco bien;
solo el interés le mueve,
y si no abandona ya
á su dama cuando pierde
los bienes que él codiciaba,
es porque empeñada tiene
su palabra, y porque espera
sin duda que con mercedes,
de que no es digno, su augusto
padrino le renumere.
Quitadle toda esperanza
y otro hombre será, y en breve
el que antes apasionado
se mostrará indiferente.

REY. Bien; probaré...

GUTIERRE. La ocasion
es oportuna. Allí viene.

ESCENA XI.

EL REY. DON GUTIERRE. DON DIEGO.

DIEGO. (*A la puerta del foro.*)
Señor...

REY. ¡Oh don Diego! Entrad.

DIEGO. (*Arrodillado.*)
¡Oh cuántas gracias y cuántas,
humillado á vuestras plantas,
debo dar al cielo...

REY. Alzad.

DIEGO. Criado sumiso y fiel,
yo hubiera sido el primero
que, á haber sabido...

REY. Sí.

DIEGO. Pero...

una desgracia cruel...

REY. Todo lo sé. ¡Desdichado!
¡Tantas esperanzas muertas!...
Leonor se quedó por puertas...
y vos no estais muy medrado...
Ya no os conviene esa boda.

DIEGO. (Quiere probarme.) ¡Ah señor!
En la mano de Leonor
cifro yo mi dicha toda.
No soy tan vil que su ruina
me acobarde. Yo la adoro.
¿Qué bien se iguala al tesoro
de su hermosura divina?

REY. ¡Bien, don Diego! Si es tan pura
la pasion que os enagena;
casaos en hora buena...
con su divina hermosura.
Resignaos al azote
que hoy á acrisolaros viene.
La que tales dotes tiene...
no ha menester otra dote.

DIEGO. (¡Cielos, ¿qué oigo! Soy un necio.)
Quizá hablé con desacato;
quizá pensareis que ingrato
vuestras mercedes desprecio.
Si os ofendí, perdonad...

REY. ¿Por qué? Si con tal encanto
amais á Leonor...

DIEGO. ¡No tanto
como á Vuestra Magestad!

REY. ¡Qué noble desinteres
y qué lealtad!... Yo os hiciera,
si agraviaros no temiera,
comendador en Uclés.

DIEGO. Vuestro reino aumente Dios
por la honra que me haceis.
No una vida sola; seis
perderia yo por vos.

REY. Con que, ¿aceptais...

DIEGO. Mi profundo
respeto... Con tal esposa
y encomienda tan famosa

¿quién mas feliz en el mundo?

REY. Vos no me habeis comprendido.

DIEGO. ¡Señor!...

REY. Ese buen bocado
es merced para el criado;
no dote para el marido.

DIEGO. Perdonadme. Yo creí...
Con que, ¿es decir, gran señor,
que mi adorada Leonor
es... incompatible...

REY. Sí.
Ved entre una y otra prenda
lo que mas os acomoda.
Si hay encomienda, no hay boda;
si hay boda, no hay encomienda.

DIEGO. ¡Doleos de mí! Perplejo,
turulato..., casi tonto,
no acierto... Pero estoy pronto
á tomar vuestro consejo.

REY. Aconsejar no es funcion
de reyes.

DIEGO. Es verdad, pero...

REY. Sea vuestro consejero
vuestro propio corazon.

DIEGO. ¡Ah! mucho temo que yerre,
pues no cabe un ten con ten...,
sino que... es fuerza...

REY. Pues bien;
consultad con don Gutierre.

ESCENA XII.

DON DIEGO. DON GUTIERRE.

DIEGO. ¡Qué trance!... Decidme, pues...

GUTIERRE. Yo en vuestro lugar, don Diego,
tomaria luego, luego...

DIEGO. ¿Qué?

GUTIERRE. La encomienda de Uclés.
Mirad que es buena prebenda.

DIEGO. Mas ¿por qué...

GUTIERRE. No hagais preguntas...

DIEGO. ¿Por qué, decid, no van juntas
la muger y la encomienda?
GUTIERRE. Mas vale que ese por qué
no sepais...
DIEGO. Mi alma confusa...
¿Es Leonor la que rehusa
mi mano y rompe su fé?
GUTIERRE. No creo...
DIEGO. Vamos, serán
chismes de doña Mencía.
Esa dueña es una arpía,
una esfinge, un leviatan.
Siempre enemiga se muestra
de mi dicha y mi sosiego.
GUTIERRE. No os canseis, señor don Diego,
que toda la culpa es vuestra.
DIEGO. ¿Yo...
GUTIERRE. Bien mereceis que os roben
vuestra prenda.
DIEGO. ¿Quién?... ¿Qué ley...
GUTIERRE. ¿Quién muestra su dama á un rey
galan, poderoso y joven?
DIEGO. ¿Qué oigo!
GUTIERRE. Evitad ese error
otra vez: ahora ya es tarde.
Don Felipe, que Dios guarde,
ha visto á doña Leonor.
DIEGO. ¿La ha visto?
GUTIERRE. Y como es tan bella...
DIEGO. Entiendo. Su dulce encanto
quizá le ha rendido...
GUTIERRE. Y tanto
que pierde el juicio por ella.
DIEGO. ¿Es posible, Dios eterno!...
GUTIERRE. Y de su orden os lo digo
para que os sirva ¡oh mi amigo!
de inteligencia y gobierno.
Ya veis que fuera contienda
temeraria...
DIEGO. Si; ya veo...
GUTIERRE. Amargo es ya el himeneo
y sabrosa la encomienda;

y pues os dan á escoger...

DIEGO. ¡Jesus! ¿yo competidor
de mi monarca y señor?
Al contrario; mi placer...

GUTIERRE. ¿Qué escucho? ¿Placer...

DIEGO. ¿Pues no?
¿Pues para mí no lo es harto
que tenga Felipe cuarto
el mismo gusto que yo?
Dueño de vidas y haciendas
es el rey.

GUTIERRE. Sí.

DIEGO. Y ¿cómo ¡cielos!
osaria yo dar celos
á un rey que me da encomiendas?
Imagen yo del lebrel
cuando delante del amo
sigue la pista del gamo
hasta que cierra con él,
y sin sombra de pesar,
para que sirva á la mesa
del amo, deja la presa
que pudiera devorar,
al rey que sigue mi huella
diré, dejando la plaza:
yo he levantado la caza,
regalaos vos con ella.

GUTIERRE. Eso hace un vasallo fiel.
(Tanta bajeza me enfada.)
Adios... Le diré que añada
á vuestro escudo un lebrel.

ESCENA XIII.

DON DIEGO.

¿La libertad de soltero
y una encomienda en Uclés?
La tomaré á dos por tres,
que no soy tan majadero.
Buscaré cualquier achaque
para reñir con Leonor...

Pero una carta es mejor
que del apuro me saque.
Triste será la leyenda,
pero aun fuera mas atroz
decirle de viva voz:
te dejo por la encomienda.
Aqui hay tintero y papel...
Me siento y antes que salga...

(*Se sienta á una mesa que habrá con todo lo necesario y escribe, haciendo para ello algunas pausas en su discurso.*)

Mi accion no es la mas hidalga...,
mas la pobreza... ¡es cruel!
¡Todo un rey por enemigo!...
Pues me brinda con su gracia,
¿no sería loca audacia
el provocar su castigo?
Ya la novia sin la hacienda
sería mucho fastidio.
¿Y no pudiera en presidio
convertirse la encomienda?...
No. Tomemos su consejo...
«¡Adios para siempre, adios!»
Bien. Ahora la firma en pos.
¡Lindamente!—Aquí la dejo...;
(*Se levanta.*)
y vamos, no me sorprenda...
Diego,—los pies te lo piden,—
toma las de villa... *idem*
y cálzate la encomienda.

(*Al retirarse corriendo don Diego sale del cuarto de la izquierda doña Mencía.*)

ESCENA XIV.

DOÑA MENCIA.

¿No es don Diego aquel? ¡Don Diego!
¿Adónde corre veloz?
¡Señor don Diego!.—¡A otra puerta!
¿Cómo sin ver á Leonor...—
Tambien el rey, por lo visto,

se fué. No se oye una voz...
(*Mirando por el foro.*)
Ni caballos ni ginetes...
Esto es hecho: se marchó
(*A la puerta de la izquierda.*)
Solas estamos, señora.
Podeis salir sin temor.

ESCENA XV.

DOÑA MENCIA. DOÑA LEONOR.

LEONOR. El Rey...
MENCÍA. Partió.
LEONOR. Ya respiro.
MENCÍA. ¿Qué habia de hacer sin vos
en esta inmunda pocilga
todo un monarca español?
LEONOR. Me pareció que llamabais
á don Diego...
MENCÍA. Os pareció
muy bien. Salia de aqui
corriendo á mas y mejor;
le llamo y no me responde
por mas voces que le doy.
LEONOR. ¿Qué habrá ocurrido? Yo tiemblo...
¿Será que el destino atroz
me guarda nuevos pesares?
MENCÍA. Señora, tened valor...
LEONOR. ¿Qué veo! Aqui hay una carta.
(*La toma y echa una ojeada sobre ella.*)
¡Para mí!
MENCÍA. ¿Quién la escribió?
LEONOR. Don Diego: suya es la letra.
MENCÍA. Leedla, pues.
LEONOR. A eso voy.
(*Leyendo.*) «Bella Leonor, la desgracia
nos persigue con teson.
Hay un escollo invencible
entre tu amor y mi amor.
El rey te adora y con reyes,
que son imagen de Dios,

por mucho hombre que yo sea
no puedo hombrearme yo.
Si yo osara competir
con tan ínclito señor,
cuando menos me pondria
donde me diera el sol.
¿Y qué hariamos tampoco
con desposarnos los dos,
si somos dama y galan
mas pobres que el caracol?
No me queda otro recurso
en tan triste situacion
que decirte: ¡oh prenda amada,
adios para siempre, adios!»
(*Rompiendo la carta.*)
¡Oh vileza! ¡Esto he leido
y no me mata el dolor!

MENCÍA. Obró al fin como quien es.
Cierta fue mi prediccion.

LEONOR. ¿Quién lo hubiera imaginado!
¡Oh ciego, fatal error!
¡Y solo por ese infame
latia mi corazon!

MENCÍA. ¿Me dareis crédito ahora?
¿Por vos hubiera el furor
de las llamas arrostrado
el que ahora os da esa coz?
No tan vilmente os vendiera
el pobre don Felix...

LEONOR. ¡Oh!
no pronuncieis ese nombre
que me cubre de rubor.
¿Y qué pretendeis de mí?
¿Muger tan voluble soy
que, porque ingrato me venda
el que mi fé mereció,
al que ayer aborrecí
he de dar mis brazos hoy?
Mi deber seria amarle...,
mas mi suplicio mayor
es ese mismo deber
que fuerza mi inclinacion.

No; dejad que clame al cielo
contra los tres; que ya estoy
harta de todos: del rey,
porque tirano feroz
de su poder abusando
tiende lazos á mi honor;
de Felix por su virtud;
de Diego por su traicion.
A esos tres hombres funestos
y á mí misma superior,
el mundo verá que á nadie
humillo la frente yo.
Yo me sabré libertar
de tanta persecucion.
Por ellos seré infeliz,
pero envilecida, no.
Huyamos de estos lugares
que miro ya con horror.
En el barrio mas oculto,
en el último rincon
de Madrid me esconderé
hasta á los rayos del sol
mientras en un monasterio
consagro mi vida á Dios;
¡si antes que ofrezca en sus aras
de mi juventud la flor
no me matan la vergüenza
y la desesperacion!
(*Abatida y llorosa se deja caer sobre una silla.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.

Sala con puerta en el foro y otra en cada lado de los bastidores. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LEONOR. DOÑA MENCIA.

MENCIA. (*Entrando con dos llaves en la mano.*)
Señora...
LEONOR. ¿Cerrásteis bien
las puertas?
MENCIA. La de la calle
y la que da á la escalera.
LEONOR. Está bien. A nadie se abre:
¿ois?
MENCIA. ¿Abrir? Pues si tengo
un miedo... El cielo me guarde...
Solas en barrio tan triste
sin alma que nos ampare...
Mejor será que vos misma
guardeis, señora, las llaves..
LEONOR. Bien. (*Las toma.*)
MENCIA. Cuando querais cenar
y recojeros...
LEONOR. Mas tarde.
Tengo que escribir primero
á mis parientes de Cáceres,
y buscar ciertos papeles
que serán indispensables
para mi entrada en el claustro.
MENCIA. ¿No es un dolor retirarse

del mundo apenas cumplidas
veinticuatro navidades?
Pensadlo mejor, señora,
y mudareis de dictamen.

LEONOR. No: tengo tomada ya
mi resoluccion...

MENCIA. ¡Qué diantre!
La tomásteis en un rapto
de locura, en un arranque
de cólera... Dios no acepta
vocaciones semejantes;
ni esa peregrina cara,
esos ojos y ese talle
se hicieron para la jerga
y las tocas venerables;
ni es razon que esa trenzada
cabellera de azabache
corte inhumana tigera
ó atroz verduguillo rape.
Adios se sirve en el mundo
lo mismo que en los altares.
Tanto cumple á sus designios
rezar maitines y laudes
como llenar los deberes
de hija, de esposa y de madre.
Que yo, triste pecadora
llena de arrugas y achaques,
con medio que tengo encima,
del siglo me retirase;
que me resignase yo
á cuaresma perdurable,
yo dueña, plato dudoso
entre el pescado y la carne,
vaya en gracia; ¿pero vos?
¡Qué lástima y qué dislate!

LEONOR. ¿Y me queda por ventura
otro arbitrio? Será en balde
cuanto me digais. No tienen
mugeres de mi caracter
cada dia un pensamiento.

MENCIA. ¡Ay, señora! nadie sabe
cómo pensará mañana.

Si os arrepintiérais tarde...

LEONOR. (¡Ah!)

MENCIA. Os mataria el pesar;
¿y por qué? Porque un infame
pagó con negra falsía
vuestro amor. Haciendo alarde
tal vez de su indigno triunfo,
diria luego: aquí yace
una muger que por mí
falleció virgen y martir.

LEONOR. ¡Por él!

MENCIA. ¿Sereis todavia
tan obstinada ó tan frágil
que conserveis en el alma
de aquel villano la imágen?

LEONOR. No; le aborrezco... ¿Que digo!
Aborrecerle es honrarle.—
Le desprecio.

MENCÍA. Es menester
que él lo sepa, y si cobarde
os pudris en un convento...

LEONOR. El que sepa mis desastres
no estrañará...

MENCÍA. ¿Pero acaso
son, señora, irreparables
vuestras desgracias? La suerte
puede mudar de semblante.
Joven, de elevada cuna,
hermosa... ¡cuántos galanes
se tendrian por dichosos...
No os hablo de aquel amante
desventurado...

LEONOR. (¡Don Felix!..)

MENCÍA. Pero hasta pechos reales
supiran por vos...

LEONOR. (Tal vez
me maldice en este instante.)

MENCÍA. (No me oye.)

LEONOR. (¡Y yo lo merezco!)

MENCIA. ¿Hay desatino mas grande
que desesperarse así
por hombre que nada vale?

Habia de dar conmigo,
que ¡por vida...

LEONOR. Basta. Dadme
esa bujia. (¡Ay de mí!)

(*Doña Mencía le da una de las dos bugías que habrá sobre un bufete.*)

MENCIA. Si quereis que os acompañe...

LEONOR. No es menester. Ya os he dicho
que, si quereis agradarme,
ni hableis cuando no os pregunten
ni os metais donde no os llamen.

(*Entra por la puerta de la izquierda, dejándola cerrada.*)

ESCENA II.

DOÑA MENCIA.

¡Que siempre haya de ponerme
esa cara de vinagre!
Mas á fe que hoy no podria
con justa razon quejarme
de su ceño. Si supiera...
Las dos puertas principales
cerré con llave y cerrojo;
pero la pobre no sabe
que en su ausencia desclavé
la puerta falsa que sale
al callejon... La conciencia
me remuerde casi, casi;
pero negar mis servicios
á un señor, que puede ahorcarme,
y me envia cien doblones
y un anillo de diamantes...
Las intenciones del rey
son, sin duda, muy laudables
y yo, como fiel vasalla,
debo hacer lo que me mande.
Si mi ama se mete monja,
me voy á quedar *in albis*,
y si dueña en ejercicio
es ya estado miserable;
dueña de deshecho es mueble

que ni para leña vale.—
Pero ¿quién sabe... Ella misma,
aunque al pronto grite y rabie,
quizá despues me agradezca
el inesperado lance
que la preparo. Es muy dulce
la venganza, y satisface
mucho al femenil orgullo
tener á un rey por amante.
¡Y sobre que yo no creo
en el monjío, aunque frailes
descalzos me lo prediquen!
Mas si no lo estorba nadie,
por tema pronunciará
votos que del labio nacen,
pero no del corazon.
¡Oh! yo debo á todo trance
evitar un sacrilegio.
Inspiracion fue de un angel
la mia... Mas siento pasos...
Ellos serán...
(*Desde la puerta del foro y bajando la voz.*)
Adelante.

ESCENA III.

DOÑA MENCÍA. D. FELIX. MORATA.

FELIX. Permitid, señora mia,
que en vuestra casa...
MORATA. *Laus Deo.*
FELIX. Busque un asilo...
MENCÍA. ¿Qué veo!
¡Don Felix!
FELIX. ¡Doña Mencía!
MORATA. ¡La dueña!
FELIX. Pues... ¿cómo... aqui...
MENCÍA. ¡Hablad pasito, por Dios!
¿Sabiais acaso vos...
FELIX. No. ¿Leonor...
MENCÍA. Mas bajo. Alli...
(*Doña Mencia pasa á la puerta de la izquierda y mira por la cerradura.*)

MORATA. Ya no puede sucedernos
nada bueno.

FELIX. ¡Aqui Leonor!

MORATA. Vámonos pronto, señor,
aunque sea á los infiernos.

MENCÍA. (*Acercándose á don Felix.*)
Lejos está de la sala;
pero si vuelve y os ve...

MORATA. ¡Buena la hicimos!

MENCÍA. (¿Qué haré?
Si ahora viene el rey, me empala.)

MORATA. Viendo en aquel callejon
que daba luz entreabierta
una socorrida puerta,
nos colamos de rondon.

FELIX. Yo ignoraba...

MORATA. ¡Me horripilo!

MENCÍA. (¡Yo no sé lo que me pasa!)

FELIX. Que era de Leonor la casa
donde buscaba un asilo.
A haberlo sabido, os juro
por la fé de caballero
que hubiera muerto primero...

MENCÍA. Sí; lo creo, mas... (¡Qué apuro!)
Idos. No tendré sosiego...

FELIX. Herido á un hombre dejé
no lejos de aquí...

MENCÍA. ¿Quién fue...
(¡Cielos!)

MORATA. El lindo don Diego.

MENCÍA. ¡Don Diego!

MORATA. Fue sin malicia
el golpe...

MENCIA. ¿Cómo...

MORATA. En la cara...
Un chirlo de media vara...
Grita; acude la justicia...

FELIX. Respeto á la ley, no miedo
me hizo huir: solo á su nombre
volviera la espalda un hombre
como Felix de Toledo.

MENCIA. ¿Quién lo duda? Pero basta...

FELIX. En una casa de juego
vi casualmente á don Diego...
MORATA. ¡Maldita sea su casta!
FELIX. Sin conocerme el traidor,
osó proferir su lengua
mil necedades en mengua...—
¿lo creyérais?—¡de Leonor!
De la misma ¡justos cielos!
que le preferia á mí.—
En silencio yo sufrí
el torcedor de los celos,
y tras de tantos sonrojos
quise antes de mi pesar
ser víctima que causar
una lágrima á sus ojos;
mas cuando ajada veia
á la que fue mi esperanza,
pudo en mi amor su venganza
lo que no pudo la mia.—
Mentís como ruin villano,
esclamé con furia loca,
y lo que dice mi boca
sabrá sostener mi mano.
Salgo; en la calle le espero,
que á mi saña todo es campo,
y en el vil rostro le estampo
un sambenito de acero.
MENCÍA. Yo lo aplaudo, y como yo
lo aplaudirá mi señora,
porque le maldice ahora
si antes ilusa le amó.
FELIX. ¿Será posible! ¡Oh contento!
MENCÍA. Ya todo hombre es un vestiglo
para ella. Harta del siglo
quiere entrar en un convento.
Mañana será novicia...
FELIX. ¿Qué oigo!
MENCIA. Idos ya. Si Leonor
os ve aqui, será peor
que prenderos la justicia.
MORATA. ¿Monja? Huid con paso listo.
De hombre á hombre, estaba bien

que lucháraís; pero ¿quién
compite con Jesucristo?

FELIX. Vamos, sí. Librarla debo
de mi presencia, ¡pues tanto
la aborrece!

MENCIA. ¡Cielo santo!

(*Aplicando el oido hácia fuera desde la puerta del foro.*)

FELIX. ¿Qué!

MENCIA. ¡No salgais!

MORATA. ¿Qué hay de nuevo?

MENCIA. En la calle siento ruido...
(¡Ellos son! ¡Estamos bien!)
Será la justicia... (¡En buen
berengenal me he metido!)

FELIX. Vamos... Cúmplase mi estrella...

MENCIA. ¡No! Escondeos... ¡Santo Dios!...

FELIX. ¡Yo...

MORATA. ¿Dónde...

MENCIA. Si no por vos,
hacedlo por mí... ¡y por ella!
No padezca su opinion...
En ese cuarto... (*Señala el de la derecha.*)
¡Corred!

MORATA. Nos cogerán en la red...

MENCIA. Escapad por el balcon.—
No es alto. Mira á otra calle...
¡Pronto! (La puerta sentí.)

FELIX. Entremos.

(*Entran en el cuarto de la derecha y cierran por dentro.*)

ESCENA IV.

DOÑA MENCÍA, *despues de una breve pausa.*

Ya están aqui.
¡Válgame Jesus del Valle!

ESCENA V.

DOÑA MENCIA. EL REY. D. GUTIERRE.

MENCIA. ¡Señor...

REY. ¡Oh dueña insigne!

MENCIA. (No me llega
al cuerpo la camisa.)
REY. Estais temblando.
MENCIA. ¿Qué mucho! El alma mia no sosiega.
Cruel remordimiento... Yo... Sí... Cuando...
Cuando en su casa os vea mi señora...
(¿Se habrán ya descolgado? Estoy en ascuas.)
me acusará de infiel y de traidora.
GUTIERRE. ¿Cómo! Contenta ayer como unas pascuas
servir con cuerpo y alma prometiste
á tu señor; y arrepentida ahora...
MENCIA. Mi palabra he cumplido, pero ¡ay triste!
¿qué dirá el mundo? Ingrata al pan que cómo...
GUTIERRE. Dueña de Barrabás, segundo tomo
de aquella memorable Celestina,
déjanos ahora en paz, y á la cocina
lleva ese llanto hipócrita y tardío;
que fuera, vive el cielo, desvarío,
cuando busca mas plácida pareja,
su palacio dejar tu rey y el mio
para enjugar el llanto de una vieja.
REY. Déjala. En eso muestra un alma pia
que en la accion mas venial mira un delito.
Mas elocuente que tu voz la mia
acallará de su conciencia el grito,
diciendo á esa contrita Magdalena:
comprima tu afliccion esta cadena.
(*Quítase una que lleva al cuello y sé la da á doña Mencía.*)
MENCÍA. No en vano vuestro nombre el mundo alaba.
Por confesarme vuestra humilde esclava,
no por vil interés, la joya tomo.
GUTIERRE. (¡Bruja infame!)
MENCÍA. (¡Maldito mayordomo!)
REY. Ahora bien; ¿dónde está Leonor?
MENCÍA. (*Mostrando la puerta de la izquierda.*) Adentro.
REY. ¿Qué hace?
MENCÍA. Arreglando está no sé qué asuntos
para el monjío.
REY. ¡En el oscuro centro
de un cláustro sepultar sus verdes años!
MENCÍA. Cierto. Contadla ya con los difuntos.
Tal la afligen funestos desengaños...

GUTIERRE. ¡Poner asi al amor un entredicho!
No lo creo. Ese es frívolo capricho
que cederá, señor, á vuestro ruego.
REY. Entremos...
MENCIA. No; esperadla. Saldrá luego.
Aqui os dejo. En mi alcoba (¡estoy temblando!)
me fingiré rendida á sueño blando.
¡Por Dios, què yo no sea descubierta!
¡Por Dios no le digais que abrí la puerta!
No han de faltar pretestos, invenciones...
Hay llaves, hay ganzúas..., hay balcones...
REY. ¡Oh! ya basta. Marchad.
GUTIERRE. Idos, machaca.
MENCÍA. ¡Mirad, señor, que soy la parte flaca!
(*Vase por el foro.*)

ESCENA VI.

EL REY. D. GUTIERRE.

GUTIERRE. ¿Hay vieja mas marrullera?
Y es pesada como el plomo.
REY. De su pánico terror
me riera como un bobo,
si conmovido mi pecho
por el temerario arrojo
á que me lleva el amor...
GUTIERRE. Señor ¡á Roma por todo!
Ya hay menos dificultades
que al principio. Por de pronto,
gracias á la villanía
de su prometido esposo,
el cariño de Leonor
ya se ha convertido en ódio,
y el placer de la venganza
es tentador y sabroso.
REY. ¿Y si le ama todavia?
GUTIERRE. ¿A él? Es imposible.
REY. Somos
muy frágiles. Cuando sepa
que le han herido en el rostro,
quizá al saber tal desgracia

viertan lágrimas sus ojos.

GUTIERRE. ¡Lágrimas; y la desprecia!
No; reirá como nosotros...

REY. Por cierto que al encontrarle
tendido allí sobre el lodo
y en vez de rugir sañudo
lanzando tristes sollozos,
mas que á compasion á risa
me movió.

GUTIERRE. ...Sí; que no es prójimo
hombre tan vil.—Por fortuna,
mientras perseguia al otro,
le abandonó la justicia
y pudimos sin estorbo
proseguir nuestro camino.

REY. Y por dicha, acudió pronto
el cirujano. Sintiera
que don Diego fuese al hoyo.

GUTIERRE. Yerba mala nunca muere.

REY. Mas desde ahora perdono
al que le hirió. ¡Justa pena
del que sacrifica al sórdido
interés dama y honor!
Mas ¿quién será...

GUTIERRE. Pasos oigo...

REY. Temo que airada...

GUTIERRE. Ya sale.

REY. Casi estoy ya pesaroso.
Huyamos...

GUTIERRE. Ya es tarde.

ESCENA VII.

EL REY. D. GUTIERRE. DOÑA LEONOR.

LEONOR. ¡Cielos!

REY. No os cause, Leonor, asombro
esta visita...

LEONOR. Con ella
me honrais mucho; lo conozco;
mas permitidme que, salvo
mi respeto á vuestro solio,

me admire de que en mi casa
haya entrado de ese modo
quien puede como señor
mandar en ella.

REY. Forzoso
recurso ha sido, sabiendo,
que cuando ha llegado al colmo
vuestra desgracia, y podeis
al abrigo de mi trono
repararla, huis de mí...

LEONOR. De vos y del mundo todo,
que á cuantos bienes encierra
prefiero yo mi reposo.
Nadie, ni aun vos, perdonad
si de esta suerte os respondo,
tiene derecho á turbarlo.

REY. Vuestro bien procuro solo.

LEONOR. ¡Mi bien, y furtivamente
como en la cabaña el lobo
entrais, señor, en mi casa!
Si procurárais mi oprobio
¿qué más hicierais, señor?
Mas si reprimo mi enojo
con vos, no hay ley que me obligue
á consentir que mis propios
criados asi me vendan.
(*Llamando.*) ¡Doña Mencia!

REY. (*Aparte con don Gutierre.*) Es ocioso
porfiar...

LEONOR. ¡Doña Mencia!
¡No responde! Venid pronto.

MENCÍA. (*Dentro.*) Voy...

GUTIERRE. (*Aparte al rey.*) No temais. Mientras caiga
la nube sobre los hombros
de la dueña...

ESCENA VIII.

DOÑA LEONOR. EL REY. D. GUTIERRE. DOÑA MENCIA.

MENCÍA. ¿Qué mandais?
Me he dormido como un tronco...

(*Fingiendo sorpresa.*)
¡Jesus!

LEONOR. ¿Cómo abrís á nadie
sin mi licencia?

MENCÍA. ¡Yo! ¿Cómo...
No sé... Las puertas quedaron
cerradas á piedra y lodo
y en vuestro poder las llaves.
Yo...

LEONOR. Callad, que me sonrojo
de oiros. ¿Y quién sabria
el asilo en que me escondo
á no descubrirlo vos?

MENCÍA. Yo... ¡Permita Dios... Yo ignoro...

LEONOR. ¡Idos, idos de mi casa
para siempre!

MENCÍA. ¡San Antonio!..

REY. Dejadla! La culpa es mia.
Ella...

MENCÍA. ¡Señora!..

LEONOR. No os oigo.
Libradme de vuestra horrible
presencia, execrable mónstruo.
No me obligueis á una accion
indigna de mi decoro.

ESCENA IX.

DOÑA LEONOR. EL REY. D. GUTIERRE.

GUTIERRE. Sois demasiado severa.
¿No pudo, sin el apoyo
de una dueña, en vuestra casa
penetrar el poderoso
monarca, que liberal
viene á enjugar vuestro lloró
y á ofreceros proteccion...

LEONOR. ¡Su proteccion!.. ¡Dios piadoso!..
¿Y á qué precio me la viene
á ofrecer?.. ¡Ah! yo la imploro
contra vos mismo, señor.
Idos.— Sumisa me postro

á esas plantas...

REY. ¡Levantad!
Leonor, yo os amo, os adoro.
En vano callara el labio
lo que declaran los ojos.
Pero abusar no pretendo
de mi poder como odioso
tirano, ni me halagaran
favores que compra el oro.—
No hubiera vuelto á miraros,
aunque es mi cielo ese rostro,
á no saber que el despecho
os inspira el lastimoso
designio de consagrar
á Dios imprudentes votos.

(*Don Gutierre se retira hácia el foro, de cuya puerta están distantes Doña Leonor y el rey.*)

¿No es lástima que en un cláustro
se marchite ese tesoro
de hermosura? Porque, indigno
hasta de besar el polvo
de esos pies, un hombre os venda,
¿mirareis con tal encono
á los demas?

(*Don Gutierre, ya fuera de la sala, cierra la puerta del foro.*)

El delito
es suyo; páguelo él solo;
no vos. Vivid para el mundo,
pues sois su mejor adorno;
vivid para ser la gala
de mi corte, y gloria, y gozo
de un rey que os ama, y postrado
á vuestros pies, ciego, loco...

(*Lo hace tomando la mano de Leonor.*)

LEONOR. ¡Señor!. ¡Apartad!... ¡Huiré...
(*Viendo la puerta cerrada.*)
¡Traicion!— ¡Socorro! ¡Socorro!

(*Abrese la puerta de la derecha y salen don Felix y Morata con las espadas desnudas.*)

ESCENA X.

DOÑA LEONOR. EL REY. D. FELIX. MORATA. D. GUTIERRE.

FELIX. A mi mano ha de morir
quien osare...
REY. (*Desenvainando la espada.*) ¡Hombres aquí!
FELIX. (*A Leonor.*) Yo os defiendo.
LEONOR. (¡Cielos!.. Sí;
él es; ¡mi angel tutelar!)
GUTIERRE. (*Entra con la espada desnuda y se pone al lado del rey.*)
A vuestro lado, señor...
MORATA. (*Aparte á don Felix.*)
¡El Rey! ¡Buena la hemos hecho!
REY. ¿Osarás contra mi pecho
blandir la espada, traidor?
Bien; yo sabré con la mia
castigar tu loca audacia.
LEONOR. (*A don Felix poniéndose en medio.*)
¡Tened!
(*Al rey.*) ¡Señor!.. ¡Oh desgracia!
GUTIERRE. Pagarán su alevosia.
FELIX. Al salir,—sábelo Dios—,
de una dama á la defensa,
no imaginé que su ofensa
pudiera venir de vos.
Sin blandir arma traidora,
contra un rey á quien venero,
con la ley de caballero
sabré yo cumplir ahora.
(*Deponiendo la espada á los pies del rey. Morata envaina la suya.*)
Trofeo de vuestro pie
sea esta noble tizona
que en pro de vuestra corona
tantas veces desnudé.
No lo achacareis á miedo
al saber quién es el hombre
que la ciñó.
REY. (*Envainando. Hace lo mismo don Gutierre.*)

¿Vuestro nombre?

FELIX. Soy don Felix de Toledo.

REY. Muchas proezas y grandes
cuentan de vos.

FELIX. Grave herida
que puso en riesgo mi vida
me hizo retirar de Flandes.

REY. ¿Por qué en mi corte no hacer
de vuestros hechos memoria?

FELIX. Porque me basta la gloria
de cumplir con mi deber.

REY. Cobrad, don Felix, la espada
que combatió en mi defensa
y pedidme recompensa
de la sangre derramada.

FELIX. (*Tomando la espada y envainándola.*)
Harto consuelo á mis penas
y harto premio á mi valor
será verter por Leonor
la que me queda en las venas.

REY. ¿La amais?

MORATA. (*Al oido.*) Negad, que os perdeis...

LEONOR. (¡Alma generosa y bella!)

FELIX. ¡Morir deseo por ella,
y esa pregunta me haceis!
Si con mi amor os ofendo,
¡herid, señor!...

MORATA. (¡San Fernando!...)

FELIX. Ya que no sea lidiando,
la defenderé muriendo.

REY. No necesita Leonor
que la escude vuestro pecho.
Pero ¿quién os da derecho
para ser su defensor?
¿Cómo habeis entrado aqui?

FELIX. Señor...

REY. ¿Por qué os ocultais?
¿Con qué derecho lograis
lo que se me niega á mí?

FELIX. Señor...

MORATA. (Se turba. ¡Es perdido!)

REY. Hablad.

MORATA. (Mi alma está en un tris.)
LEONOR. ¿Con qué derecho, decís?...
Don Felix es mi marido.
FELIX. (¿Qué oigo!)
GUTIERRE. (*Aparte al rey.*) Mirad que es engaño.
REY. ¿Cierto?... Al menos, el presente
es marido mas decente
que don Diego de Avendaño.
(¡Disimular es forzoso!)
Si no al amante vulgar,
es muy justo respetar
á tan noble y digno esposo.
Pero antes ¿por qué no fui
sabedor del casamiento?...
¿Era acaso vuestro intento,
Leonor, burlaros de mí?
LEONOR. ¡Señor!...
REY. ¿Tan indigno trato
merecia un rey amigo?
Don Gutierre, ¿qué castigo
merece su desacato?
GUTIERRE. Señor, si yo fuera vos,
pues fueron tan desleales,
de la corte y sitios reales
desterraria á los dos.
REY. Poco es que yo los destierre;
mas ya lo has dicho... Salid
desterrados de Madrid
en nombre de don Gutierre,
y en el mio...
LEONOR. ¡Ah! ¿no es bastante...
REY. Para dar al mundo asombro
con mi alta justicia...
(*A don Felix.*) os nombro
gobernador de Alicante.
FELIX. (*Arrodillándose.*)
Tal bondad...
LEONOR. (*Lo mismo.*) Los dos...
MORATA. (*Lo mismo.*) Los tres...
REY. ¡Tambien la esquiva Leonor!
¿Qué! ¿no me guardais rencor?
¡Tanta arrogancia... á mis pies!

LEONOR. Pechos de diamante labra
quien...

REY. Prometí el otro dia
dotaros, y todavia
no he cumplido mi palabra.

LEONOR. Obediente á vuestra ley,
tantas virtudes alabo.

REY. ¿Virtudes?... Tal vez, que, al cabo,
soy hombre.

LEONOR. Pero sois rey.

REY. (¡Discreta es como ella sola!)
Fuerza es resignarme... (¡Oh cielo!)
á ser rey.—Alzad del suelo,
condesa de Santa Pola.

(*Hace levantar á Leonor y en seguida á don Felix y á Morata.*)

Dios bendiga vuestra union.

LEONOR. y FELIX. ¡Señor!...

REY. (*Abriendo los brazos.*)
Dadme... (¡No me atrevo!)

(*Aparte á don Gutierre y deteniendo con una seña á doña Leonor y á don Felix, que iban á abrazarle.*)

Vamos, Gutierre, que llevo
traspasado el corazon.

ESCENA ULTIMA.

DOÑA LEONOR. DON FELIX. MORATA.

FELIX. Oid, Leonor. Si mi estrella
á esta casa me llevó,
lo juro, ignoraba yo
que vos morabais en ella.

MORATA. Con diez corchetes detras...

FELIX. Mal á vuestro honor pondria
asechanzas quien venia
de defenderle...

LEONOR. ¡No mas!
¡Callad! ¡Conozco ya tanto
la lealtad de vuestro pecho!
¿Qué podeis vos haber hecho
que no sea noble y santo?

FELIX. El nombre de esposo fiel
me disteis... por compromiso,
y aceptarle fué preciso
porque os salvaba con él.
Ahora... humilde me resigno...

LEONOR. Mi alma ese nombre dictó.
¿Y á quién se le diera yo
mas merecedor, mas digno...

FELIX. ¿Qué! ¿Cesaron tus enojos...

LEONOR. Yo soy la que, á mi pesar,
no merezco ni aun alzar
á vuestros ojos mi ojos.

FELIX. ¡Ah Leonor!...

MORATA. ¡Pese á un hebreo!...
¿Ahora esos necios reparos,
y rabiais por abrazaros?
(*Empujando á don Felix.*)
Abrazaos y *laus Deo.*

FELIX. (*En los brazos de doña Leonor.*)
¡Mi bien!...

LEONOR. ¡Mi alma!..

MORATA. ¡Asi, hijos mios;
y aunque pecó contra el uso,
victor al galan que opuso
finezas contra desvios!

FIN DE LA COMEDIA.

to de estado.
s de un coronel.
l Veronés.
e la tempestad.
a improvisada.
o el tapicero.
olterones.
re mas feo de Francia.
ledana.
.
o de una madre.
orias del diablo.
con dos puertas.

bofetones.
vedado.
io.
or interès.
me vuelvo.
padre.
le Bilbao.
l.
Paulina.
de palo.
viuda y casada.
tante.
de Médicis.
ero de industria.
el leñador.
de Belle-Isle.
o.
o y la huérfana.
del hambre.
ripto.
acion de los inocentes.
elosos.
cos del rey de Prusia.
n de Castro.
re de bien.
ada.

o de familia.
tura de Carlos II.
ra.
ler flamenco.
rio privado.
a de Alby.
a.
bleza.
erez y Felipe II.

ga sus agravios.

cobrar el cetro.
os despues.
ovicio.

.
ciegnecita.
ios.

Ango.
Angelo, tirano de Pádua.
Amor y deber.
A un cobarde otro mayor.
Adel el Zegrí.
Baltasar Cozza.
Catalina Hovar.
Chiton !!!
Doña María de Molina.
Doña Urraca.
Doña Jimena de Ordoñez.
Doña Blanca de Navarra.
Diana de Chivrí.
D. Rodrigo Calderon.
Dos granaderos.
Dos padres para una hija.
Elvira de Albornoz.
El desconfiado.
El hijo predilecto.
Emilia.
El astrólogo de Valladolid.
El pária.
El campanero de san Pablo.
El casamiento nulo.
El afan de figurar.
El peluquero de antaño.
El pobre pretendiente.
El hijo en cuestion.
Está loca !
El dómine consejero.
El compositor y la estrangera.
El duque de Braganza.
El pilluelo de París.
El soprano.
El gondolero.
El castillo de san Alberto.
El ramillete y la carta.
El comodin.
El mulato.
El marido y el amante.
Fray Luis de Leon.
Funcion de boda sin boda.
Garcilaso de la Vega.
Guillelmo Colman.
Hernani.
Hija, esposa y madre.
Intrigar para morir.
Incertidumbre y amor.
Intriga y amor.
Isabel de Babiera.
La vieja del candilejo.
La político-mania.
Mata-muertos y el cruel.
A muerte ó á vida.
La familia de Falkland.
Cain Pirata.
La Judía de Toledo.
Detras de la cruz el diablo.
Retascon.
Simon Bocanegra.

La estrella de oro.
Los cortesanos de D. Juan I
La ocasion por los cabellos.
Los zélos infundados.
Los amorios de 1790.
La conjuracion de Fiesco.
La cuarentena.
La pata de cabra.
La gata muger.
Lucrecia Borgia.
Luis onceno.
Los guantes amarillos.
La frontera de Saboya.
Las máscaras negras.
La espada de mi padre.
La cruz de oro.
La hermana del sargento.
Los padres de la novia.
Luisa.
La escalera de mano.
La solterona.
La cuñada.
La hija del avaro.
La hostería de Segura.
Me voy á casar.
María Remond.
Macbet.
No hay mal que por bien venga.
Ni el tio ni el sobrino.
No siempre el amor es ciego
Padre é hijo.
Plan-plan.
Pablo el marino.
Roberto D' Artevelde.
Ricardo Darlington.
Sin nombre !
Stradella.
Teodoro.
Toma y daca.
Virtud en la deshonra.
Valeria.
Un porta y una muger.
Una muger generosa.
Un dia de 1823.
Una y no mas.
Un artista.
Un tio en Indias.
Un liberal.
La familia improvisada.
El hombre misterioso.
Cada cosa en su tiempo.
Los independientes.
Sancho Garcia.
Mi honra por su vida.
El galan duende.
La escuela de los periodistas
Por él y por mí.
Honoria.
Estar en babia.

Esta interesante coleccion comprende cerca de 400 comedias cuyos autores son:

D. Angel Saavedra, duque de Rivas.
D. Antonio Gil y Zárate.
D. Antonio Garcia Gutierrez.
D. Eugenio de Tapia.
D. Eugenio de Ochoa.
D. Francisco Martinez de la Rosa.
D. Gaspar Fernando Coll.
D. Isidoro Gil.
D. José Zorrilla.
D. José Espronceda.
D. José de Castro y Orozco.
D. José Garcia de Villalta.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Manuel Eduardo Gorostiza.
D. Mariano José de Larra.
D. Mariano Roca de Togores.
D. Miguel Agustin Príncipe.
D. Patricio de la Escosura.
D. Ramon Navarrete.
D. Tomas Rodriguez Rubí.
D. Ventura de la Vega.

Teatro Moderno Español.

Van publicados 40 tomos. Se venden sueltos á 20 reales.

Teatro Antiguo Español.

Tirso de Molina. Consta de 12 tomos en 8.º marquilla, 160 rs.

Teatro Moderno Estrangero.

Van publicados 24 tomos. Se venden sueltos á 20 rs.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid, librerias de Cuesta, calle Mayor, y de Rios, calle de Carretas, frente á la imprenta Nacional.

En las provincias en los siguientes:

Almeria.....	Gonzalez.
Alcoy.....	Marti Roig.
Alicante.....	Champourcin.
Burgos.....	Arnaiz.
Badajoz.....	Viuda de Carrillo.
Barcelona.....	Piferrer.
Bilbao.....	Garcia.
Cadiz.....	Moraleda.
Córdoba.....	Berard.
Coruña.....	Perez.
Granada.....	Sanz.
Habana.....	Urban Ramos.
Huesca.....	Navarro.
Jaen.....	Orozco.
Jerez.....	Bueno.
Leon.....	Miñon.
Lugo..... ...	Pujol.
Málaga.....	Aguilar.
Murcia.....	Gisbert.
Oviedo.....	Longoria.
Orense.....	Novea.
Pamplona.....	Erasun.
Palencia.....	Santos.
Palma.....	Gelabert.
Santander.....	Riesgo.
Salamanca.....	Oliva.
Sevilla.....	Caro Cartaya.
Santiago.....	Rey Romero.
San Sebastian..	Baroja.
Toledo.....	Hernandez.
Vitoria.....	Ormilugue.
Valencia.....	Navarro.
Valladolid.....	Hijos de Rodrigue
Zaragoza.....	Yagüe.